

EL TEATRO  
MODERNO



A. TABERNEK



50  
CTS

GASTON LEROUX  
EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

Ayuntamiento de Madrid



AÑO V





AÑO VII

28 - XI - 1931

NÚM. 323

## PERSONAJES

*Matilde Stangerson, miss Edith, la tia Bernier, Una del público, Otra del público, Rouletabille, Larsán, el doctor Stangerson, Roberto Dorzac, Arturo Rance, Sainclair, el tío Santiago, Bernier, Marquet, juez de instrucción; Dax, jefe de la Policía; Maleine, escribano; Lamartine, reportero; Rataflutis, ídem; Inocencio, ídem; Pitimini, ídem; un Cabo de gendarmes, el Presidente de la Audiencia, el Fiscal, un Ujier, Uno del público, Otro del público. Señoras, caballeros, magistrados, periodistas y público que asiste a la vista de una causa.*

Gran so  
plantas  
tados du  
dos. Pue

Lam

LAMAR

PITIM.

RATAF

PITIM.

RATAF

PITIM.

LAMAR

PITIM.



## ACTO PRIMERO

Gran *soirée* de gala en el Eliseo. Rincón de una serre, con arbustos, plantas y macizos. Una galería al fondo, por la cual circulan los invitados durante todo el acto, y especialmente en los momentos indicados. Puerta grande, sin batientes, que da a la galería. A un lado, en primer término, una mesa y sillas.

*Lamartine, Pitimini, Rataflutis, invitados e invitadas.*

*(Al levantarse el telón, Lamartine y Pitimini, sentados a la mesa, escriben. Rataflutis, apoyado en la puerta, mira a la galería y toma notas en un carnet. Llegan a la escena los ecos débiles de un vals. Los invitados van y vienen por la galería.)*

LAMAR. *(Dejando de escribir.)* ¡Que baraúnda!... Esto parece un baile del Ayuntamiento más que una recepción en el Eliseo... ¡Y esa musiquita! ¡Esa musiquita!

PITIM. *(Es un hombre alto y fuerte y extraordinariamente barbudo. Escribiendo con ardor.)* ¡Yo adoro la música!

RATAF. *(Siempre mirando hacia la galería y tomando notas.)* Oye, Pitimini... Rouletabille baila con la señora de Mortimar.

PITIM. Ahora podrá preguntarla qué hay de cierto en el rumor que corre.

RATAF. ¿El escándalo de los ferrocarriles del Sureste?

PITIM. No; la ruptura del matrimonio de la señorita Stangerson.

LAMAR. ¿De la hija del gran Stangerson? Eso no es posible. La ceremonia...

PITIM. La ceremonia ya no se verificará... Al menos

eso es lo que se dice en todas partes. (Saliendo al lado de Rataflutis.)

Dichos, Inocencio, que llega muy de prisa.

INOC. ¿Habéis visto a Rouletabille?

RATAF. ¡Calle, Inocencia! ¿Qué le quieres a Rouletabille?

INOC. Me ha mandado entrevistar a la Embajada marroquí... Pero yo no sé dónde diablos estará la embajada marroquí... ¿Lo sabéis vosotros?

PITIM. Seguramente en el salón de embajadores.

INOC. Voy a ver... Pero ¿qué voy a preguntarle yo a la embajada marroquí?

PITIM. Pregúntales algo sobre la danza del vientre.

INOC. ¡Es una gracia!... Yo estoy encargado de los sucesos y no sé una palabra de los asuntos extranjeros... ¡Este Rouletabille me va a hacer sudar el quilo. (Mutis.)

LAMAR. ¡Tiene mucha razón! Desde que le nombraron jefe de las informaciones, Rouletabille se empeña en que catemos todas las salsas. Yo he entrado en *La Noche* para seguir el movimiento literario y no el vals de tres tiempos.

RATAF. (Flemático.) ¡No te irrites, hombre!... Mientras no sea más que eso... Todavía no has descendido tú como Rouletabille al fondo de una alcantarilla.

LAMAR. ¡Ah, sí! Donde encontró el pie izquierdo de la calle Oberkampf.

RATAF. Y en el asunto de los lingotes de oro, ¿no os acordáis?... Rouletabille engañó a toda la Policía, incluso al inspector Larsán.

PITIM. Y Larsán no es un imbécil.

Dichos; Edith del brazo de Arturo Rance, seguidos de Sainclair, que pasa entre los invitados.

EDITH (Acento americano. Se vuelve hacia Sainclair, sin abandonar el brazo de su marido.) Señor Sainclair, tampoco está Matilde en la serre... ¿Dónde pueden estar los Stangerson?

SAINC. No se impaciente usted, que ya los encontraremos.



RATAF. ¡Calle !... ¡El protector de Rouletabille ! Es raro que no nos haya preguntado por él inmediatamente.

PITIM. ¡Sainclair !... Ese debe estar enterado del lio de la boda. Es muy amigo de Roberto Dorzac, el novio de Matilde.

SINC. (*Acercándose a ellos, mientras el matrimonio Rance se aleja un poco.*) Señores reporteros de *La Noche*. ¿Cómo va? ¿Dónde está Rouletabille?

RATAF. ¿No lo decía yo?

SAINC. ¿Qué es lo que decía?

RATAF. Que nos preguntaría usted al momento por Rouletabille... Bueno ; él también nos ha preguntado por usted.

SAINC. ¿Dónde está?

RATAF. Le encontrará usted en el *buffet*, con la señora de Mortimar.

PITIM. (*Sainclair hace ademán de salir.*) Una palabrita, señor Sainclair, y usted perdone... Esa señora con quien hablaba usted hace un momento es...

SAINC. Mistress Rance, la esposa del secretario general de la Academia de Ciencias de Filadelfia... El banquete de esta noche ha sido en honor de los delegados de esa Academia.

PITIM. Y del sabio profesor Stangerson, su ilustre correspondiente. Pero ¿cómo es que no han asistido al banquete ni el señor Rance ni su esposa?

SAINC. Acaban de llegar... Ella estaba indispuesta, muy indispuesta, y sólo ha venido porque quiere ver esta noche a su amiga Matilde Stangerson. ¿Usted no la ha visto?

PITIM. Yo no la conozco. Conozco en cambio a Roberto Dorzac, y puedo asegurarle, mi querido Sainclair, que no ha venido ni tampoco vendrá.

SAINC. ¿Por qué?

PITIM. Porque... la boda se ha deshecho.

SAINC. ¿Qué dice usted?

PITIM. Lo que todo el mundo... Y usted debe saber.

SAINC. (*Se dispone a marchar.*) ¡Está usted loco !... Los he visto ayer mismo.

PITIM. ¿Entonces desmentimos?

SAINC. (*Deteniéndose.*) No, no... ¡No hablemos más de

ello! (*A Edith, que descende sola, tomándola del brazo y alejándose de los reporteros.*) ¡Estos periodistas son verdaderamente extraordinarios!

EDITH *Was is it?*

SAINC. ¡Tonterías! Aseguran que la boda de la señorita Stangerson con mi amigo Dorzac se ha deshecho. (*Hace un movimiento.*) ¿Qué le parece a usted?

EDITH Nada.... nada... (*Se detiene muy conmovida.*) Señor Sainclair... Creo que usted es un gran amigo del señor Dorzac.

SAINC. Cierto.

EDITH ¿Y desde cuándo?

SAINC. Hace mucho tiempo. Empecé siendo su abogado. Pero en un asunto civil: no vaya usted a figurarse otra cosa.

EDITH Yo también soy muy amiga de Matilde, aunque no he sido su abogado... *Yes!*... Y después de una larga ausencia, las dos hemos tenido una gran alegría al volvernos a ver hace ocho días, cuando yo he llegado de América.

SAINC. Ya me ha dicho Dorzac que Matilde se ha alegrado muchísimo de que el viaje de usted coincidiera con su matrimonio. (*Rataflutis y Pitimini se han alejado ya, charlando, hacia donde Lamartine continúa escribiendo.*)

EDITH *Yes!* Lo creo. Me quiere mucho. Cuando ella vivía en América con su célebre padre, éramos unas muchachas y estábamos juntas todo el día.

SAINC. ¿Y han pasado ustedes mucho tiempo sin verse?

EDITH ¡No habla usted de eso! ¡Es terrible! Es como si me recordara usted que voy envejeciendo.

SAINC. ¡Por Dios, señora!

EDITH ¡Si usted supiera cuántos pretendieron su mano! Pero no quiso casarse. No. Ella quiso vivir con su ilustre padre y consagrar su vida a la ciencia. Y el Señor la ha recompensado, porque ella se conserva hermosa, esplendente: mientras que yo estoy hecha una vieja... ¿Verdad, Arturo?

ARTUR. (*Acento americano.*) *Yes!*



EDITH. Mi marido lo dice como lo piensa ; ¿verdad, Arturo?

ARTUR. *Yes!*

SAINC. *(Protestando.)* Yo le aseguro a usted, señora...

EDITH. No mienta usted por galantería. En América decimos siempre la verdad. ¡Ah, si usted hubiera conocido a Matilde en Filadelfia, mi querido señor Sainclair!... Mi marido estuvo locamente enamorado de ella... ¿Verdad, Arturo?

ARTUR. *Yes!*

EDITH. Se quiso hasta suicidar... Y luego, desesperado, se casó conmigo... ¿Verdad, Arturo?

ARTUR. *Yes!* Yo me quise suicidar con ginebra.

EDITH. *(A Sainclair, que ríe.)* ¿De qué se ríe usted?

SAINC. De nada... De eso de la ginebra.

EDITH. ¿Qué beben ustedes en Francia cuando están desesperados por el amor?... ¿Champagne? *Pleasure... ¿Champagne?*

SAINC. *Yes... Champagne.*

EDITH. En América, ginebra. Arturo quiso suicidarse con ginebra y entonces yo me casé con él.

SAINC. Cualquiera creería al oírlo, mistress Rance, que fué usted delegada a su marido por una sociedad de templanza.

EDITH. ¡No! Yo fuí delegada por mis sentimientos. Yo soy muy sentimental... *Yes...* La lucha fué terrible... ¿Verdad, *my darling?* *(Silencio de Arturo.)* ¡Arturo! ¡Arturo!... ¡Yo creí que ya estabas curado!

ARTUR. *(Que se sentó un momento, se levanta.)* ¿Dónde está el buffet? *(Mutis, con las manos en los bolsillos, silbando ligeramente y con melancolía.)*

EDITH. *(Siguiéndole con la vista.)* ¡Pobrecito mío!... Ha vuelto a ver a Matilde, y creo que si le parecía bien su matrimonio con la ciencia, no se consolará de que se case con uno de sus profesores. *(Suspira.)*

SAINC. ¡Vamos!... ¡Al cabo de los años!... Entre ustedes, como entre nosotros, mistress Rance, el tiempo sabe renovar el corazón de los hombres... y el de las mujeres.

EDITH. *(Se levanta ofuscada.)* ¡Ah, entre ustedes, los

franceses ! Ayer he visto vender unos libros en los bulevares donde se dice que un francés puede amar treinta y dos veces.

SAINC. (*Riendo, la ofrece su brazo.*) Son demasiadas, mistress Rance, son demasiadas... (*Mutis ambos.*)

*Lamartine, Rataflutis y Pitimini.*

LAMAR. (*Interrumpiendo su trabajo.*) Oye, Pitimini ; dame nombres... ¡Vivo ! (*Levantando los brazos al cielo.*) ¡ Señor ! ¡ Señor !... Vosotros no sabéis lo bien que siento, después de escribir estas cosas, leer una página de nuestro admirable Lamartine.

*Dichos, Rouletabille ; luego Larsán, un momento ; después, Inocencio, un instante ; luego el Doctor Stangerson y Matilde, que pasan.*

ROUL. (*Aparece por el foro, a las últimas palabras de Lamartine.*) ¡ En nuestro oficio, eso te será menos útil que el diccionario de Larousse !

RATAF. ¡ Rouletabille !

PITIM. ¿ Y la señora de Mortimar ?

ROUL. ¡ Divinamente !... Muchachos, ¡ vaya un lío !

RATAF. El Sud-Este, ¿ eh ?

ROUL. El Sud-Este y el Noroeste... ¡ Los cuatro puntos cardinales ! ¡ Un escándalo de primera ! (*Toma nota en su puño.*)

RATAF. ¡ Gracias a Dios que hay algo de qué hablar ! Hace tiempo que no ocurre ni un mal asesinato... Ahí va, precisamente, la Policía. (*Aparece Larsán.*)

PITIM. ¡ Es verdad ! ¡ El famoso Larsán !

ROUL. (*Lápiz en mano al verle.*) ¡ Ah, señor Larsán ! (*Larsán se detiene ; se estrechan la mano.*) ¡ Ya no se oye hablar de usted para nada !... ¿ En qué se ocupa ahora la Policía ?

LARS. En aburrirse, mi querido amigo... No hay nada que hacer en París. Mañana salgo para Londres.

ROUL. (*Puntuando la frase con su lapicero.*) Robo del



collar de perlas de las torres de Nuestra Señora.

LARS. ¡Siempre tan bien informado!... ¿Quiere usted descubrirnos otra vez el juego?

ROUL. Ya sabe usted que sé poner las cartas en su sitio.

RATAF. ¿Han robado las torres de Nuestra Señora?

ROUL. Sí. No tiene ninguna importancia... ¡Ah, señor Larsán!... ¿Dónde está el crimen de la calle de Oberkampf?

LARS. ¿Y el robo de la Casa de la Moneda?

ROUL. Ese suceso le hizo a usted célebre en Francia... ¿No era usted antes de la Policía?

LARS. ¡La Policía y yo no nos hemos abandonado nunca!

ROUL. ¡Es verdad! Usted había trabajado en América.

LARS. Sí: pero por mi cuenta personal... También tuve allí buenos asuntos.

ROUL. Me parece haber oído que fué usted quien detuvo al bandido Ballmayer.

LARS. Sí. Ballmayer, el famoso Ballmayer, que se hacía llamar también Salvador Russell. ¡Historias del tiempo viejo!... Ballmayer ha muerto en presidio. Adiós, amigo Rouletabille.

ROUL. Hasta la vista, señor Larsán... Alguna vez trabajaremos juntos por la gloria de nuestro país. *(Larsán hace un gesto vago y desaparece.)*

LAMAR. *(Despreciativo)* Y por la del comisario general.

ROUL. ¿Qué dices tú, Lamartine?

LAMAR. ¡Nada!... ¡Tengo una sed espantosa!

ROUL. ¿Que tienes sed? *(Salta sobre un criado que pasa con la bandeja, se la quita de las manos, la pone en la mesa y sirve champagne en las copas. Todo sin dejar un momento de hablar.)* Déjame que te reemplace un momento en tus funciones. *(Al criado.)* Ahora verás para qué... Toma, Lamartine. *(Dándole una copa.)* No haría más un padre por un hijo... Eso te inspirará. ¿Cómo va tu prosa?

LAMAR. No va... Está detenida.

ROUL. *(Copa en mano.)* ¡Pues escribe tu artículo en verso!... ¡Ah, si yo fuera poeta como tú, lo haría en seguida! *(Declamando.)*

Del Eliseo al baile los muchos invitados desde las diez en punto llenaban el salón, El noble presidente, su esposa y sus criados los iban recibiendo con suma distinción.

(*Todos rien y beben.*) ¡A tu salud, querido Larmartine! (*Aparece Inocencio buscando a Rouletabille, muy fatigado.*) ¡Calle. Inocencio! ¡Aquí, Inocencio! ¿Has hablado ya con los moritos?

INOC. El intérprete no quiere saber nada.

ROUL. ¿Pero te has dirigido al intérprete?... Inventa un infundio y despáchate a tu gusto escribiendo en francés una interviú, que el intérprete desmentirá mañana en árabe, si le acomoda.

INOC. Comprendido. ¿Pero qué les voy a decir a esas gentes?

ROUL. Lo que te dé la gana... ¿Tú que vas a perder?

INOC. Es que yo no estoy acostumbrado más que a los sucesos locales, y no sé nada de los asuntos extranjeros. ¡Me empieza a hacer sudar el oficio!

ROUL. ¡Suda, suda!... ¡Y corre!... ¡Ah, mira! (*Se quita apresuradamente los puños que están llenos de notas y se los da a Inocencio.*) Deja este par de puños en la imprenta... ¡No te asustes!... El confeccionador conoce perfectamente mis jeroglíficos... ¡Anda de prisa!... ¡Ah!... Entra un momento en el café Mariigny, donde debe estar el reportero político, y dile de mi parte: «¡Ma cache!»

INOC. ¿Macache?

ROUL. Sí... El ya sabe lo que significa... Y si está de humor, con esa palabra escribirá un par de columnas... ¿Pero aún estás aquí? (*Mutis Inocencio.*)

RATAF. (*Al ver salir a Inocencio.*) ¡Me parece poco avisado para este oficio!

ROUL... (*A Pitimini.*) ¿Tú tienes algo nuevo?

PITIM. (*Se sienta y hojea sus cuartillas sobre la mesa.*) Poca cosa.

ROUL. ¡Tanto peor!

PITIM. ¡Espera!... Esto puede ser interesante si se confirma... Corre el rumor de haberse deshecho la boda de la señorita Stangerson.



ROUL. ¿La hija del gran Stangerson? ¡Bah!... ¡Ya lo sabría yo! Me lo hubiese dicho Sainclair.

RATAF. Precisamente Sainclair lo ha desmentido.

PITIM. ¿Tú conoces a la señorita Stangerson?

ROUL. No la he visto jamás. Ni a su padre tampoco.

PITIM. Ni yo... ¡Como nunca asoman por el mundo!...

¡En la vida salen de su laboratorio!

RATAF. ¿Y sabéis dónde han metido su laboratorio? ¡En el quinto infierno!... En el fondo de un bosque...

Yo los conozco, porque una vez fui allá para celebrar una entrevista con ellos.

PITIM. Puesto que tú los conoces nos los enseñarás. Quiero decirles una palabrita.

ROUL. ¿A propósito del matrimonio?... ¡Eso es muy delicado!

PITIM. ¡Todo lo que tú quieras! Pero algo debe haber ahí; y yo quiero enterarme por qué razón unos novios que se iban a casar ayer, hoy ya no se casan... Esto es natural.

ROUL. Esos son asuntos de familia.

PITIM. Naturalmente... ¿Qué van a ser?... Pero los asuntos de familia de los Stangerson no son los asuntos de familia de todo el mundo... ¡Esos interesan al universo entero! ¡Los Stangerson!... Yo quiero saber por qué esa virgen sabia, que ha esperado quince años para conceder su mano a Roberto Dorzac, el discípulo predilecto de su padre, se la retira al cabo de quince días.

ROUL. ¡Eso no; Pitiminí!

PITIM. ¿Qué?

ROUL. He dicho que eso no.

PITIM. ¿Cómo que eso no?... Entonces hay que saber por qué Roberto Dorzac, al cabo de quince días, devuelve al señor Stangerson una hija que le ha estado pidiendo durante quince años.

ROUL. ¡Eso no! ¡Eso no! ¡Eso no!

PITIM. Pero ¿es que no te parece esa información interesante?

ROUL. La encuentro poco limpia, ¿me has entendido?

PITIM. ¿Y eres tú quien me dice eso, Rouletabille? ¡Poco limpia!... ¡Tú que has bajado a una alcantarilla!

- ROUL. ¡Y volveré a bajar si hay que buscar algo! Pero nunca, óyelo bien; nunca me verás penetrar en la alcoba de una mujer para enterarme de lo que pasa, ni revolver su armario para contar sus camisas de dormir... ¡Eso me repugna! ¡Y a ti también, no te hagas ahora peor de lo que eres!
- PITIM. ¡Tienes razón, chico!... ¡No sé dónde tiene uno, a veces, la cabeza!... ¡Vengan esos cinco!
- RATAF. Vaya si tiene razón
- LAMAR. ¡Muy bien dicho!... ¡Bravo, Rouletabille!
- ROUL. ¡Gracias, Lamartine!
- RATAF. Además, aquí entre nosotros, con esa gente lo mejor es abstenerse... No estiman a los periodistas.
- ROUL. *(Con rudeza.)* ¿Y por qué no estiman a los periodistas? ¿Cómo lo sabes?
- RATAF. Ya os he dicho que una vez fui a celebrar una entrevista con ellos... Allá, en el quinto infierno; en el castillo de Glandier, perdido en el fondo de los bosques...
- ROUL. ¿Le dijiste de qué periódico eras?
- RATAF. ¡Ya lo creo!... ¡Pero allí no había nada que hacer!
- ROUL. ¡Siempre hay algo que hacer en todas partes! La cuestión es saber empezar... Y eso de la desmaterialización de la materia, a todo el mundo le interesa.
- RATAF. *(Picado.)* ¿Sí, eh?... Pues ahí los tienes. Prueba tú a ver.
- ROUL. ¡Ya lo creo!
- RATAF. ¡Sacarás lo que yo!
- ROUL. ¡Si creerás que me apuro!
- RATAF. Bueno, bueno... Ahí están.
- ROUL. ¿Quién? ¿Dónde?
- RATAF. El doctor Stangerson y su hija. *(Matilde y su padre atraviesan la serre desde la puerta hasta el primer término derecha. Matilde viste de negro. Rouletabille en este momento está a la izquierda.)*
- ROUL. *(Pasándose la mano por los ojos.)* ¿Esta dama... es... la señorita Stangerson?



- PITIM. Es muy guapa.  
RATAF. Un poco estatua.  
PITIM. ¡No digas eso! Tiene una blandura de líneas, una flexibilidad...  
ROUL. (*Después de avanzar un poco se detiene muy emocionado; sus compañeros no se fijan.*) ¡Esta manera de andar!... ¡Dios mío!  
RATAF. (*Volviendo a Rouletabille.*) Vamos... ¡Este es el momento!... ¿Pero qué te pasa?  
ROUL. Nada, nada.  
LAMAR. Le han intimidado.  
ROUL. (*A media voz, a sí mismo.*) La señorita Stangerson... (*A Rataflutis.*) ¿Estás seguro de que es ella?  
RATAF. ¡Qué gracioso!... ¡Segurísimo!... Aquí viene Sainclair, pregúntaselo.  
SAINC. (*Llegando.*) ¿Qué ocurre?  
RATAF. Rouletabille, que...  
SAINC. ¿Qué le pasa?  
RATAF. Quiere entrevistar a la señorita Stangerson.  
SAINC. Muy bien. Ahí está precisamente con su padre... ¿Quieres que te presente? Pero date prisa, porque se marchan. (*Mutis los Stangerson.*)  
ROUL. (*Nervioso.*) No..., no puede ser... Esto es una tontería.  
SAINC. ¿Pero qué tienes? ¡Nunca te vi tan excitado!  
LAMAR. ¡Es natural!... Vacila antes de dirigirse a unas personas que no se dejan atacar por un periodista.  
ROUL. ¿Y tú, cuando atacarás tu revista?... ¡Largo de aquí todos!... ¡Al periódico! (*Empujándolos.*) ¡Ya deberían estar esas cuartillas en la imprenta!  
LAMAR. ¡Yo no puedo trabajar con música!  
ROUL. (*Dejándolos a todos en la galería.*) ¿Le molesta al señor el vals de las risas? ¡Sibarita!... ¡Y esto se llama reportero! (*Irritado.*) ¡Un reportero debe trabajar en todas partes! En el tren que descarrila, en el vapor que naufraga, en la casa que se incendia, en la culeña del cañón que dispara... (*Mutis los reporteros.*)

*Rouletabille y Sainclair.*

- SAINC. ¡Me pareces que exageras!  
 ROUL. (*Nervioso, se deja caer en una silla.*) Para nosotros, todo es pupitre.
- SAINC. ¿Quieres decirme lo que te pasa?  
 ROUL. (*Muy nervioso.*) ¡No lo sé!  
 SAINC. ¿Estás triste?  
 ROUL. Sí.  
 SAINC. ¿Por qué?  
 ROUL. Por nada. Perdón, Sainclair. Estoy un poco nervioso.
- SAINC. (*Sonriendo paternal.*) ¿Como una señorita?  
 ROUL. No.  
 SAINC. (*Serio.*) ¿Como una criatura?  
 ROUL. Sí.  
 SAINC. (*Después de una breve pausa.*) Ya sabes que soy tu camarada.
- ROUL. Mi bienhechor, Sainclair.  
 SAINC. Tu camarada.  
 ROUL. Bueno. Mi bienhechor y mi camarada.  
 SAINC. ¿No puedes decirme lo que te pasa?  
 ROUL. ¡Nada!... No quiero hablar con nadie... Necesito estar solo.
- SAINC. ¡Hasta la vista!  
 ROUL. ¡Hasta la vista! (*Sainclair se va. Le llama.*)  
 ¡Sainclair!  
 SAINC. ¿Qué?  
 ROUL. Una pregunta.  
 SAINC. Tú dirás.  
 ROUL. ¿Usted ha defendido una vez a Roberto Dorzac?
- SAINC. Sí; en un pleito a propósito de una herencia.  
 ROUL. ¿Es usted amigo suyo?  
 SAINC. Sí. ¿Por qué?  
 ROUL. Y a su prometida, ¿la conoce usted también?  
 SAINC. ¿A Matilde Stangerson? El mismo me la presentó, y la he visto después tres o cuatro veces.
- ROUL. ¿Qué tal persona es?  
 SAINC. Encantadora por lo sencilla... ¿Qué voy a decirte?... Es la hija del gran Stangerson.

EL MIST

ROUL.

SAINC.

ROUL.

SAINC.

ROUL.

SAINC.

ROUL.

SAINC

ROUL.

SAINC

ROUL.

SAINC

ROUL.

SAINC

ROUL.



ROUL. (*Nervioso.*) La hija de su padre... ¡Gracias!...  
¡Es usted muy amable!

SAINC. ¡Tú sí que eres extravagante!... No te reconozco... Mejor dicho, querido Rouletabille, te conozco divinamente... No es la primera vez que a través de tu alegría exuberante y caprichosa he descubierto un carácter...

ROUL. Un carácter esquinado, ¿verdad?

SAINC. No es eso lo que quiero decir.

ROUL. Sí, sí; yo soy un poco esquinado.

SAINC. (*Sentándose cerca de él.*) Tú eres un muchacho muy triste.

ROUL. ¿Y hace mucho tiempo que ha descubierto usted eso?

SAINC. Desde el mismo día que te conocí, en el puerto de Marsella... ¿Te acuerdas?... Tendrías unos nueve años y eras pescador de naranjas.

ROUL. ¡Es un oficio como otro cualquiera!

SAINC. Parece que te estoy viendo, abrumado bajo el peso de un chaquet que te llegaba a los talones, destocado y descalzo, sosteniendo con ambas manos un larguísimo bastón del que pendía una cestita de corcho... ¿Te acuerdas?... Estabas de pie sobre un bote, cerca de los barcos cargados de naranjas, esperando a que la marejada te aproximase las que caían al agua... Pescaste una, dos, tres, cuatro... y las fuíste guardando en un saco que llevabas en bandolera. Por fin saltaste al muelle con una en la mano, y más que comértela la devoraste.

ROUL. ¡Tenía mucha hambre!

SAINC. Yo te ofrecí cincuenta céntimos.

ROUL. Y yo le pedí a usted cien francos.

SAINC. Para comprar libros... ¡Con qué gracia me lo dijiste. ¿Quién eras tú? ¿De dónde venías? ¿Qué hacías en Marsella?... A los cinco minutos de conversación, comprendí que aquel chiquillo vagabundo y harapiento había recibido una buena educación. Y al preguntarte por tus padres, por tu familia, un silencio triste apagó tu alegría.

ROUL. No he olvidado nuestro encuentro, Sainclair; ni tampoco que a usted se lo debo todo.

SAINC. ¡Eso no!... Yo no hice más que recomendarte al director de un periódico que necesitaba un muchacho para ordenanza. Tú tenías grandes aptitudes y mucha afición al periodismo, y en poco tiempo te has hecho jefe de información del primer periódico de París... ¡Tú solo, tú solo!... Por eso te profeso un cariño sincero...

ROUL. ¡Al que yo correspondo, Sainclair!

SAINC. Y puesto que somos amigos de verdad..., ¿no podré yo saber lo que te sucede?

ROUL. Si no es nada. Ya se lo he dicho a usted: tonterías sin importancia.

SAINC. Me has preguntado por la señorita Stangereson...

ROUL. Como podía haberle preguntado otra cosa.

SAINC. ¿Es que te interesa?

ROUL. No... Sólo que al verla..., me ha parecido..., he pensado...

SAINC. ¿Qué es lo que has pensado?

ROUL. He creído reconocerla... Esto me ocurrió muchas veces, Sainclair; pero nunca como esta noche... A usted puedo decírselo; cuando yo era pequeño, mucho antes de ser pescador de naranjas, iba a verme algunas veces una señora enlutada, muy enlutada, con un velo tupido, muy tupido... Y desde entonces me figuro que la veo constantemente... Pasa a lo lejos una señora vestida de negro, me parece reconocer su aire y su paso, me digo «¡es ella!» y me lanzo detrás... Pero en seguida me detengo... ¡No es aquél su perfume!...

SAINC. ¿Su perfume?

ROUL. Ella exhalaba un perfume especial... Un perfume tan dulce, tan delicioso... ¡Si usted supiera lo que yo sentía cuando ella me estrechaba entre sus brazos! (*Aprieta los brazos, casi en éxtasis, como si abrazara la mujer evocada.*)

SAINC. ¡Pobre Rouletabille!

ROUL. Ahí tiene usted lo que me ocurre, Sainclair. Esta noche he visto pasar una enlutada, pero jamás me ha latido el corazón con tanta violencia... Sentí deseos de arrojarme en sus brazos, de gritarla: «¡Soy yo!... ¡Soy yo!...» Y quedé in-

EL MISTERIO

móv

Star

SAINC. ¿Pe

en

ROUL. ¿Ac

yo

SAINC. ¿Y

ROUL. No,

a us

es p

SAINC. ¿Pe

ROUL. ¿Qu

bria

SAINC. ¿Ve

ROUL. ¡De

tánd

Voy

a qu

SAINC. ¡De

EDITH (*Oje*

uste

SAINC. No; i

EDITH Esto

cir

los

SAINC. ¿Y

EDITH Eso

SAINC. ¿Y

tress

EDITH No

por

SAINC. Pero

EDITH (*El*

taba

(*Ap*

bas

tre

mí

MATIL. (*Mu*



móvil, cuando me dijeron que era la señorita Stangerson... ¡Estoy loco, Sainclair, estoy loco!

SAINC. ¿Pero qué era tuyo esa dama que te estrechaba en sus brazos?

ROUL. ¿Acaso lo sé yo?... Ya le he dicho a usted que yo era pequeñito.

SAINC. ¿Y éso, donde fué?... ¿En Marsella?

ROUL. No, no... Muy lejos de Marsella... ¿No le digo a usted que yo era muy pequeño?... Cuando uno es pequeño no sabe nada, todo se olvida.

SAINC. ¿Pero la señora no volvió a presentarse?

ROUL. ¿Que si no volvió? (*Con energía súbita y sombría.*) ¡Fuí yo quien se marchó de allí!

SAINC. ¿Ves cómo te acuerdas?

ROUL. ¡De nada!... ¡No me acuerdo de nada! (*Levantándose rápidamente.*) ¡Déjeme usted, Sainclair! Voy a seguir mi oficio... Ahí pasa un general a quien tengo que preguntarle una cosa. (*Mutis.*)

*Sainclair y Edith.*

SAINC. ¡Demonio de chiquillo!

EDITH (*Ojeando la serre.*) Señor Sainclair, ¿no sabe usted nada nuevo?

SAINC. No; no sé nada.

EDITH Estoy inquieta, muy inquieta... Le acaban de decir a mi marido en el bufet lo mismo que decían los periódicos.

SAINC. ¿Y qué es ello?

EDITH Eso de que la boda se ha deshecho.

SAINC. ¿Y qué ha respondido su esposo de usted, mistress Rance?

EDITH No ha respondido nada... Tenía la boca ocupada por la desesperación... (*Ademán de beber.*)

SAINC. Pero la noticia ha debido consolarle.

EDITH (*El mismo ademán.*) ¡Yes! Ahora mismo se estaba consolando... ¡Ah!... ¡Aquí viene Matilde! (*Aparece ésta con su padre. Edith estrecha ambas manos al doctor Stangerson.*) ¡Salud, ilustre maestro! (*A Matilde, precipitadamente.*) ¡Temí que te hubieras marchado!

MATIL. (*Muy afectuosa.*) Ya me han dicho que estabais

- aquí... ¿Y tu marido?... ¿Cómo no habéis venido al banquete? (*Viendo a Sainclair.*) ¡Felices, señor Sainclair!... ¿No ha visto usted a nuestro amigo?
- SAINC. (*Estrechando la mano de Stangerson, y después la de Matilde.*) ¿A Dorzac?... No, señorita... Tenía que venir aquí, ¿verdad?
- MATIL. Sí. Y estoy inquieta por no verle.
- DOC. Sí que estás inquieta, hija mía; no te reconozco.
- MATIL. Tienes razón, papá; perdóname.
- DOC. ¿No has de verle mañana o pasado mañana en Glandier? (*A Edith.*) ¡No olvide usted que contamos con ustedes! Y a propósito del castillo, amigo Sainclair; quiero hacerle a usted una consulta. Es una consulta de derecho; se trata de un contrato de caza... Me ha dicho el guarda... (*Se aleja con Sainclair.*)
- MATIL. (*Edith da un papel a Matilde.*) ¿Qué es esto?
- EDITH. Léelo.
- MATIL. Un anónimo.
- EDITH. Una indignidad.
- MATIL. (*Leyendo.*) «El señor Stangerson tiene el honor de comunicar a usted que se ha desistido del anunciado matrimonio entre su hija y Roberto Dorzac...» ¿Qué infamia es esta?
- EDITH. Puede ser una broma.
- MATIL. Una broma terrible.
- EDITH. ¿Cómo es que aquí se habla de tu padre?
- MATIL. ¡El no sabe nada!... ¡No sospecha nada!...
- EDITH. Entonces ¿qué quiere decir esto?
- MATIL. ¿Quién te lo ha dado?
- EDITH. No puedo decirlo... *It is dreadful...* Me lo encontré sobre mi tocador, y después de leerlo, extrañada, pregunté a mi doncella, al ayuda de cámara, al muchacho, al portero, a su mujer... ¡Nadie me supo dar razón! Y no ha podido venir por el correo, porque no tenía sello... Te confieso que entonces tuve un poco de miedo; y aunque estaba cansada y enferma, me vestí para venir a buscarte... (*La coge las manos.*)

EL MIST

MATIL.  
EDITH  
MATIL.EDITH  
MATIL.  
EDITH

MATIL.

EDITH  
MATIL.

EDITH

MATIL.  
EDITHMATIL.  
EDITH  
MATIL.  
EDITH  
MATIL.  
EDITH  
MATIL.

MATIL.

EDITH



¡My darling!... Te he dado un disgusto, ¿verdad?

MATIL. ¡Ese papel me asusta!

EDITH ¿Por qué?... Es una broma de mal género.

MATIL. (*Súbitamente desolada, demostrando inquietud.*)

¡Ese papel me aterra!

EDITH ¡No he debido enseñártelo!

MATIL. Sí, sí... ¡Has hecho bien! (*Pausa.*)

EDITH Matilde, es preciso que me digas la verdad. ¿Tú no has hablado nunca... a nadie... de... de este asunto?

MATIL. (*Moviendo la cabeza.*) A nadie más que a él, a Roberto, a quien hace tiempo se lo confesé todo... El me ha dicho que lo ha olvidado... ¡Es el más generoso de los hombres!

EDITH ¿Cómo no ha venido esta noche?

MATIL. No lo sé... Si estuviese aquí, hablaríamos y esto me tranquilizaría.

EDITH (*Mostrando el papel.*) Esto es una cosa increíble.

MATIL. (*Vagamente.*) ¡Una venganza!

EDITH Verdaderamente, cualquiera lo diría. (*Confidencial.*) Yo quisiera preguntarte... Cuando tuviste... esa terrible aventura... en América...

MATIL. ¿Qué?

EDITH Tú has debido, sin duda..., para el libro...

MATIL. ¿Qué libro?

EDITH Sí..., para el registro... ¿No se dice así?

MATIL. (*Impaciente.*) ¿Qué registro?

EDITH El registro... del pastor... en el presbiterio.

MATIL. (*Nerviosa.*) Vamos, ¿qué quieres decir?

EDITH Perdóname que te hable de estas cosas, pero no hay más remedio... Tú has debido dar, indudablemente, el nombre de tu padre y acaso alguien sepa que se trata de la hija del famoso Stangerson.

MATIL. Nadie, nadie... Estábamos allí, en un desierto. en el fin del mundo... El pastor ante el cual acudimos no se ocupaba más que de sus rezos y de sus flores.

EDITH ¡Entonces tranquilízate! Después de todo, aunque alguien hubiese visto por casualidad el re-

- gistro, el apellido Stangerson es muy común en América.
- MATIL. ¡Oh, en aquel rincón olvidado del mundo! No es eso lo que me inquieta.
- EDITH ¿Entonces qué, *my darling*?... Vamos, no temas. Entre nosotros, todos los días hay matrimonios secretos de los que nadie se entera... Ni la familia, ni los padres, ni los hermanos... ¡nadie!... Son matrimonios enterrados; y además, puesto que tu marido ha muerto...
- MATIL. ¡Edith! (*Mirándola ansiosamente.*)
- EDITH ¡Cómo me miras!... ¡Qué ojos de loca!... Vamos, vamos, Matilde... Hay que ser razonable... (*Viendo a Dorzac y corriendo hacia él.*) ¡Ah, señor Dorzac!... ¡Le buscábamos! ¡Cálmela usted, se lo suplico! (*Mutis, mirando a todos lados con precaución.*)

Matilde, Dorzac; luego, Larsán, que pasa. Después, Rouletabille y Stangerson.

- ROBER. (*Muy afectuoso.*) ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa?
- MATIL. Creíamos que ya no vendrías.
- ROBER. (*La coge el papel.*) ¿Qué es esto?
- MATIL. ¡No lo sé!
- ROBER. (*Después de leerlo, sin extrañarse.*) ¿Quién te lo ha dado?
- MATIL. Edith... Lo encontró sobre su tocador, y no ha podido saber cómo llegó a sus manos.
- ROBER. Y tú, Matilde..., ¿no has encontrado nada en tu casa?
- MATIL. No.
- ROBER. ¿A qué hora habéis salido de Glandier?
- MATIL. Esta mañana temprano... Nos hemos vestido en París para venir al Elíseo.
- ROBER. Acaso al volver encuentres allí alguna cosa.
- MATIL. ¿Qué quieres decir?... Lejos de tranquilizarme, tus palabras me inquietan.
- ROBER. (*La hace sentar.*) ¡Calma, calma!... ¿No me ves a mí? Al entrar esta noche en mi casa, encontré sobre mi mesa un papel igual que ése,



y no he podido saber quién lo puso allí... Precisamente he venido un poco tarde por querer averiguarlo, sin resultado... Pero después de reflexionar, me parece que ese incidente no tiene la menor importancia. Es natural que haya envidiosos de nuestra dicha; y entre ellos, uno más celoso que los demás.

MATIL. (*Impresionada por estas últimas palabras.*) ¡Cállate!

ROBER. ¿Por qué quieres que me calle?... Matilde, hace días que te encuentro cambiada.

MATIL. Tiemblo al ver que se aproxima nuestra dicha... No sé si sabré algo en el último momento.

ROBER. Tú serás mi mujer, Matilde. Hay que olvidarse de todo para no pensar más que en esto... ¿Qué temes todavía?

MATIL. A él.

ROBER. Los muertos no resucitan.

MATIL. (*Sombria.*) Su muerte era demasiada felicidad para mí.

ROBER. (*Cogiéndola las manos.*) ¿Por qué dices eso?

MATIL. Es que han ocurrido últimamente cosas extrañas, inexplicables, en Glandier.

ROBER. No me has dicho nada.

MATIL. Parece como si alguien me persiguiera con aquellas flores..., con aquellas flores que me espantan... Ya sabes que ahora ocupo el cuartito amarillo, que da al fondo del parque.

ROBER. Sí... ¿Qué?

MATIL. En la ventana del cuarto amarillo, han aparecido, sin saber cómo, dalias de América, las flores que él me ofrecía... ¿Comprendes? Y han desaparecido también sin saber cómo... (*Pausa. Bruscamente.*) ¿Y este papel?

ROBER. Este papel ¿qué?

MATIL. Es su estilo, su manera... Con un hombre como él, todo reviste un aspecto misterioso... Se recibe una carta y no se sabe por dónde vino... Se desliza una sombra, y puede ser la suya... ¡Ah, cuántos años he pasado creyendo que su sombra giraba a mi alrededor!... Por más que me repetía «¡ha muerto, ha muerto!», al abrirse

mi puerta me levantaba yo de un salto, como si se me fuera a aparecer vivo... ¡Y esta noche tengo atroces presentimientos!... Me parece que todos los que se me acercan me miran de una manera particular... Toda esa gente que ha venido a interesarse por mi boda... Y yo te pregunto, ¿quién ha hecho correr esa noticia de la ruptura?... ¿Quién ha escrito estas líneas? ¿Quién ronda esta noche en torno nuestro? Hay momentos en que necesito mirar hacia atrás, como si sus ojos me siguieran... Y siento que me abrasa su mirada... Antiguamente, Roberto, en los salones de Filadelfia, cuando él estaba detrás de mí, yo volvía la cabeza segura de encontrármelo... y nunca me equivocaba. *(Se vuelve y da un grito espantoso.)* ¡Ah!

ROBER. ¡Matilde!

MATIL. *(Después de haber ido a mirar hasta el fondo de la galería. No ha visto a Larsán, que ha pasado entre otros invitados en el momento en que ella decía «segura de encontrármelo».)* Si... Estoy loca... Enloquezco al pensar en ese hombre.

ROBER. ¡Matilde!

MATIL. *(Exaltándose.)* ¿Y por qué esas flores en mi ventana, como si quisieran recordarme que el presbiterio no ha perdido su encanto, ni su lozanía el jardín? *(Rouletabille llega por el foro, a tiempo de oír esta frase pronunciada con fuerza. Al ver el aspecto de Matilde, se retira en éxtasis hacia el fondo. No debe estar un solo momento en actitud de escuchar.)*

ROBER. *(Asustado de la exaltación de Matilde.)* ¡Matilde, vámonos!

MATIL. *(Alucinada; con voz firme.)* ¡Yo te digo que vive! *(Con voz sorda, ahogada, que Rouletabille no puede oír.)* ¡Y yo estoy casada con ese hombre, a quien prendieron al siguiente día en mis brazos!

ROBER. ¡Cállate!

MATIL. *(Como antes.)* ¡En mis brazos!... ¡Las esposas!...



ROBER. ¡Matilde!

MATIL. ¡El bandido Salvador Russel, en brazos de la hija del gran Stangerson!

ROBER. ¡Calla, calla!... ¡Tu padre! *(Al ver que aparece por la derecha, entre otro grupo de invitados.)*

MATIL. *(Dominándose.)* ¡Ah!...

DOC. ¡Al fin, querido Dorzac! ¡Bien se ha hecho usted esperar! Matilde estaba ya muy intranquila... ¿Nos acompaña usted? *(Ofrece el brazo a su hija.)*

ROBER. ¡Con mucho gusto! Estaba diciéndole a Matilde... *(Se van los tres por la derecha. Matilde, por un esfuerzo sobrehumano, parece haber recobrado su sangre fría.)*

ROUL. *(Se acerca, recoge un pañuelo que se le ha caído a Matilde, lo aspira y lee la marca.)* M. S. ¡Matilde Stangerson! *(Mira hacia el sitio por donde se marchó.)*

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

El laboratorio del doctor Stangerson. Pieza espaciosa con armarios de cristales que contienen colecciones mineralógicas, aparatos de física y química, botellas, legajos, etc., etc. Ocupa casi todo el lado izquierdo una gran chimenea con hornillos, retortas y crisoles. A un lado de la chimenea, un lavabo. A la derecha, ventana con barrotes de hierro que da al campo, por donde entra la claridad de la luna. Dos puertas al foro, a derecha e izquierda; la de la derecha es la del cuarto amarillo y la otra da al vestíbulo. Entre ambas puertas una especie de *cofre fort*, cerrado, con una llave, cinta amarilla, puesta en la cerradura. A la derecha, primer término, un pupitre pequeño donde trabaja Matilde. La mesa de trabajo de Stangerson está hacia el foro no lejos del cuarto amarillo.

*El doctor Stangerson, Matilde y el tío Santiago.*

*(El doctor y su hija sentados cada uno en su mesa; el doctor de espaldas y Matilde de perfil.)*

*Esta tiene la cabeza entre las manos; no se sabe si trabaja o duerme. Una echarpe rodea su cuello cuidadosamente. El tío Santiago, delante de la chimenea, limpia algunos aparatos.)*

SANT.

*(Levanta la cabeza y escucha. El espectador no percibe todavía ningún ruido.) ¿Qué ruido es éste? (Inclinándose hacia Matilde. A media voz.)*

*¡Señorita!... ¡Señorita!*

MATIL.

*(Sorprendida.) ¿Qué, tío Santiago?*

SANT.

*¡Escuche usted! (Matilde le mira con angustia. El se levanta y se aproxima quedamente a la ventana. De pronto queda como clavado en su sitio, cuando se oye claramente un grito siniestro y prolongado.)*

MATIL.

*Es ese pobre animalito...*

SANT.

*Mejor que ese grito prefiero el de un perro ladrando a la muerte.*

MATIL.

*(Impaciente.) Tío Santiago, váyase a descansar, que hoy ha trabajado usted mucho.*

SANT.

*Con su permiso, usted es quien se debe ir a acostar. (Matilde levanta los hombros y se inclina sobre su pupitre. Sigue él, aparte.) Da compasión ver a los dos matándose de ese modo para las academias. (Contemplando a Matilde.) Se debe estar durmiendo... Si no es posible que pueda tenerse en pie. (Se dirige hacia el cuarto amarillo.)*

MATIL.

*(Levanta bruscamente la cabeza. Con voz sorda.)*

*¿Dónde va usted?*

SANT.

*A prepararla su cuarto, que ya han dado las doce.*

MATIL.

*(Poniéndose en pie y con la misma voz.) ¡Tío Santiago! (El tío Santiago no la oye y sigue su camino. Abre la puerta del cuarto amarillo y entra en él. Durante todo el tiempo que allí permanece, Matilde le mira con visible ansiedad. Stangerson continúa trabajando. La puerta abierta del cuarto amarillo permite ver perfectamente el interior a los rayos de la luna; está tapizado de ese color y hay allí un sencillo mobiliario, una cama, una mesa de noche, etc. Se ve al tío Santiago inclinarse sobre los barrotes de la ven-*



tana, mirar, escuchar, cerrar las maderas y encender la lamparilla. Después, sale cerrando la puerta. En este momento se oye otra vez el mismo grito siniestro y prolongado.)

SANT. (A sí mismo.) ¿Eh?... ¡Demonio!... ¡Esto es una señal!... (Se dirige a la ventana y mira con la frente pegada a los cristales.)

DOC. (Levantando la cabeza.) ¿Qué pasa, tío Santiago?

SANT. ¡Nada, nostramo! (Coge de un rincón una pelliza y se la pone.) Con su permiso, voy a dar una vueltecita por ahí fuera... Cuestión de estirarme las piernas, nada más... Vuelvo en seguida. (Mutis por la puerta del vestíbulo, que vuelve a cerrar.)

### Matilde y el Doctor Stangerson.

DOC. (Volviéndose hacia Matilde.) ¿Qué es lo que tiene?

MATIL. ¡Tonterías!... Que ha oído maullar a la gata de la tía Genoveva... Y como las gentes del país creen que eso es de mal agüero...

DOC. (Como si la viera ahora por primera vez.) ¿Y tú qué haces ahí?

MATIL. Ya lo ves, papá, trabajando...

DOC. ¿En qué? (Se levanta y se inclina sobre el pupitre de Matilde.)

MATIL. Clasifico tus últimos documentos sobre la radiación de la materia.

DOC. (Paseándose de un lado para otro.) Clasificas..., clasificas... ¡Tú no clasificas nada absolutamente! (Poniéndola una mano en la espalda.) ¡Mírame! ¿Qué cara es ésa?

MATIL. Estoy un poco fatigada. (Se levanta.)

DOC. (Mirándola.) ¡Te digo que tú me ocultas algo! Ese disgusto con Roberto no es natural... ¡Y yo que trabajaba, sin acordarme de que estabas aquí con tu tristeza, hija mía! ¡Tú has llorado!

MATIL. No... Eso, no.

DOC. (Se sienta cerca de ella y le coge las manos.) Vamos, dime la verdad... ¿Qué ha ocurrido en-

- tre Roberto y tú? Eso no puede ser más que alguna mala inteligencia, ¿no es cierto?
- MATIL. Te aseguro otra vez que no ha ocurrido nada, papá. Es que he reflexionado... Me parece que ya es tarde para cambiar nuestra vida... ¡No quiero abandonarte! Eso es todo.
- DOC. Si no se trata de que me abandones... ¿No habíamos convenido en continuar con Roberto los trabajos que empezamos juntos nosotros dos? Entonces, ¿qué significa esto?... Además, tú le quieres y él a ti también... Si yo te dijera que le he visto esta mañana...
- MATIL. (*Estupefacta.*) ¿Le has visto esta mañana?
- DOC. Sí... Ha venido aquí con el pretexto de llevarse unos chismes... Su fusil y su bicicleta... ¡Está como loco! Yo le dije que volviera mañana y que le prepararía una entrevista contigo... No pensaba decirte nada hasta entonces, pero no he podido callar. Porque veo que eres muy desgraciada... Y Roberto es muy desgraciado... ¡Y yo también!
- MATIL. (*Con ternura.*) ¡Perdóname!
- DOC. ¿No comprendes que yo tengo que reprocharme el haber sido demasiado egoísta, guardándote para mí solo? ¡Yo te he arrebatado, en nombre de la ciencia, los mejores años de tu hermosa juventud!
- MATIL. Yo te los di voluntariamente... No tienes de qué acusarte. (*Se levanta conmovida.*) ¡Oh, papá! (*Se rehace inmediatamente y se aleja.*) Déjame que me retire... No puedo más... (*Da unos pasos hacia el cuarto amarillo, que mira con terror.*)
- DOC. (*Asombrado.*) ¿No me das un beso?
- MATIL. (*Presenta la frente a su padre, que la besa.*) Buenas noches, papá. (*Se aleja de nuevo.*)
- DOC. Vamos, vamos... Esa nube tiene que pasar... Roberto es capaz de morirse.
- MATIL. (*Apoyándose en los muebles.*) ¡Adiós, papá! (*Se encierra en el cuarto amarillo, oyéndose cerrar el cerrojo.*)
- DOC. ¿Qué les habrá ocurrido?



*Doctor Stangerson*, el tío *Santiago*, que llega espantado, cierra la puerta tras de sí y trata de ocultar su emoción. Hablan a media voz.

- SANT. ¿Se ha acostado la señorita?  
 DOC. Ya está en su cuarto.  
 SANT. ¿En el cuarto amarillo?  
 DOC. Sí; en el cuarto amarillo.  
 SANT. Está bien. Velaré aquí toda la noche.  
 DOC. ¿Por qué? ¿Temes algo?  
 SANT. ¡Todo! (*Alto.*) Me han robado mi revólver.  
 DOC. No hables tan alto, que la vas a asustar. (*Señalando el cuarto.*) ¿Dices que te han robado tu revólver?  
 SANT. Sí... (*Señalando el techo.*) He subido a mi granero, y mi revólver no está en su sitio. (*Se vuelve a oír el grito siniestro y prolongado. Ambos quedan impresionados.*) ¿Ha oído usted? No es posible que grite de esa manera un animal de cuatro patas... (*Va a la ventana.*) Mire usted... Allá abajo... (*Stangerson le sigue a la ventana.*) A lo largo del seto... Una sombra.  
 DOC. Algún cazador furtivo... Tranquilízate.  
 SANT. Un cazador furtivo no se arriesgaría tan cerca del pabellón... ¿Para qué?  
 DOC. Es extraño, en efecto... Habrá que avisar al guarda...  
 SANT. Perdóneme usted que le diga, mi amo, que el guarda tiene que hacer algo mejor que vigilar el castillo y sus alrededores.  
 DOC. (*Quitándose de la ventana.*) ¿Qué quieres decir?  
 SANT. Quiero decir que como presume de guapo se dedica a pelar la pava...  
 DOC. Se ve que no eres amigo suyo.  
 SANT. No me gusta la gente presumida... Tengo mis razones para decirle a usted lo que le digo... Anoche mismo, cuando cerré la ventana de la señorita, vi correr a uno como una liebre por el bosque... Y poco después oí el grito de ese dichoso animalito..., como esta noche.  
 DOC. ¿Nada más?

- SANT. ¡Nada más! Y también hay una cosa inexplicable... ¿Dónde está mi revólver?
- DOC. ¿Tu revólver? Mañana lo encontrarás. Vamos, vamos, vete a la cama.
- SANT. No, no... No estoy tranquilo.
- DOC. Yo trabajaré aquí toda la noche, y mañana diré a mi hija que nos trasladamos al castillo. (Al ver que continúa de pie, inquieto, delante de él.) ¿Qué? ¿Ee quis temes algo? ¿No está seguro el cuarto amarillo?
- SANT. ¡No hay nada más seguro! Una sola ventana con barrotes de hierro al exterior y maderas por dentro; una sola puerta, que es ésta... Ni siquiera tiene chimenea... Cuando se cierra ese cuarto es casi casi una caja de caudales.
- DOC. Bueno, bueno... Déjame trabajar.
- SANT. ¡Qué quiere usted que le diga! Yo no estaré tranquilo hasta que se vuelvan ustedes al castillo... Además, ya va haciendo mal tiempo y este pabellón resulta húmedo y malsano.
- DOC. (Escuchando.) ¡Calla!
- SANT. ¿Qué?
- DOC. ¡Calla te digo!... Escucha.
- SANT. Parece que alguien llora por la parte de las cocheras. (Vuelven los dos a la ventana.)
- SANT. ¿No lo decía yo?
- DOC. ¡Silencio!
- SANT. (Escuchan los dos a la ventana.) ¡Será todavía ese maldito animal salido de los propios infiernos!
- DOC. (Abandonando la ventana.) Cierra la ventana, y te prohibo hablar de esto a la señorita... Acabarías por asustarla. (El tío Santiago ha cerrado la ventana.) ¡Chist!... ¡Escucha!... Parece que empiezan otra vez... Son sollozos ahogados... (Mirando hacia el cuarto amarillo.) ¡Dios mío!
- SANT. Sí, sí... ¡Es en el cuarto!
- DOC. (Se dirige a pasos quedos al cuarto amarillo y llama con voz sorda como si temiera despertar a su hija.) ¡Matilde!... ¡Matilde!... No contesta... Está durmiendo.
- SANT. La cosa es que no se oye nada. (En este mo-

EL MISTERIO

DOC.

SANT.  
DOC.SANT.  
DOC.

DOC.

Doctor S

SANT.  
BERN.SANT.  
T. BER.

DOC.



mento se oye gritar angustiosamente a Matilde:  
«¡Socorro! ¡Al asesino!»)

DOC. (Arrojándose sobre la puerta, con el tío Santiago.)

¡Matilde!... ¡Matilde! (Sacudiendo la puerta.)

¡La puerta! ¡La puerta!

SANT. ¡Pide socorro!

DOC. ¡Que matan a mi hija!... ¡Matilde!... ¡Aquí es-

toy!... ¡Ah, cerrada, cerrada! (Ruido de mue-

bles que se desploman, como si hubiera lucha.

Un tiro de revólver y un grito horrible detrás

de la puerta. El tío Santiago y el doctor, como

locos, empujan la puerta, intentan derribarla,

llaman y suplican.) ¡Hija mía! ¡Socorro! (Dan

furiosos espaldarazos. Se oye como un estertor.)

¡Ah, esta puerta! (Arranca una barra de hierro

de un instrumento de física y golpea la puerta.)

Han debido entrar por la ventana..., forzando

los barrotes...

SANT. Voy a ver... Llamaré a los porteros.

DOC. Si..., corre, corre. (Sigue golpeando. El tío San-

tiago se precipita fuera.)

Doctor Stangerson, solo.

DOC. (Sigue sacudiendo la puerta, escucha y luego

llama.) ¡Matilde!... ¡Respóndeme!... (Sollozan-

do.) ¡Hija mía!... ¡Hija mía!... ¡Matilde!...

Estoy aquí. (Golpea.)

Doctor Stangerson, tío Santiago, Bernier y su mujer;

luego Matilde.

SANT. Nadie ha tocado los barrotes de la ventana.

BERN. El bandido estará ahí todavía. Déjeme usted, mi

amo, déjeme usted. Con un buen espaldarazo.

SANT. Déjele usted a Bernier... Es fuerte.

T. BER. (Juntando las manos.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

(Bernier da un fuerte espaldarazo y la puerta

cede. El doctor Stangerson se precipita gritando.)

DOC. ¡Matilde! ¡Matilde!

(Cuando todos se dirigen al cuarto amarillo, apa-

rece en la puerta, donde se para, un cuerpo blan-

co. Es Matilde, cuya toilette de noche tiene horribles manchas de sangre. Al verla, todos retroceden dando un grito de horror. Ella queda un momento de pie, con los brazos abiertos, colocada de tal modo que intercepta el paso.)

MATIL. (Cayendo.) ¡No entréis aquí! (Stagerson da un grito de desesperación, se precipita sobre el cuerpo de su hija, mientras Bernier y el tío Santiago saltan al interior del cuarto. Se les oye remover todos los muebles, con exclamaciones. Después el tío Santiago reaparece, como loco, seguido de Bernier.)

SANT. (Desde el umbral.) ¡Nadie!  
BERN. ¡Nadie!

TELÓN

## ACTO TERCERO

La misma decoración que el acto anterior, dos días después del drama, a las dos de la tarde. Los rayos de un bello sol de otoño entran por la ventana, iluminando el laboratorio. La puerta del cuarto amarillo está cerrada. En la mesa de Stagerson está sentado el escribano, frente al público, en disposición de trabajar febrilmente cuando se levanta el telón. El juez está sentado delante de esta mesa, balanceándose en la silla, de perfil al público. Bernier y su mujer, de pie, a la izquierda. El tío Santiago, delante del cuarto amarillo, también de pie.

Marquet, juez de instrucción, tipo de magistrado provinciano, déspota, al que nadie se le resiste en su pequeño feudo, y a quien le gusta hacer temblar a sus subordinados y domésticos; Maleine, escribano; el tío Santiago, Bernier y su mujer y un cabo de gendarmes.

MARQ. (Al cabo, que tiene entreabierta la puerta del vestíbulo.) ¿Qué es eso, cabo?

CABO Dispense usted, señor juez; está aquí uno de mis hombres.

EL MIST

MARQ.  
CABO  
MARQ.CABO  
MARQ.CABO  
MARQ.MAL.  
MARQ.MAL.  
MARQ.  
MAL.  
MARQ.CABO  
MARQ.  
CABOMARQ.  
CABO  
MARQ.

CABO

MARQ.

CABO  
MARQ.



MARQ. ¿Y qué quiere?

CABO Noticias para los periodistas, señor juez.

MARQ. (*Dando un puñetazo en la mesa.*) ¡Todavía los periodistas! ¿Qué le he dicho a usted? No hay que dejar entrar ni a uno solo.

CABO ¡Han sitiado la verja!

MARQ. (*Levantándose furioso.*) ¿Y no está usted aquí para impedirlo? ¿O es que también voy a tener que hacer yo su servicio?

CABO (*Con tono amenazador para los periodistas.*) ¡Comprendido! (*Mutis.*)

MARQ. (*Al Escribano.*) ¿Qué le parece a usted, señor escribano? ¡No va uno a poder instruir sin tener cincuenta periodistas a caballo sobre las piernas! Y a usted también se lo advierto. ¡Mucho cuidadito con ellos!

MAL. (*Continúa escribiendo.*) ¡Lo que es yo!...

MARQ. ¿Quién? ¿Usted? ¿No dejó usted que subiera a nuestro vagón aquel danzante?

MAL. (*Idem.*) ¡Subió él solo! ¡No necesitaba ayuda!

MARQ. ¿Cómo se llamaba? Roule... Roule...

MAL. (*Idem.*) José Rouletabille.

MARQ. Eso. José Rouletabille. ¡Vaya un chiquillo con tupé!... Meterse en un departamento reservado y creerse con derecho a interrogarnos como si fuéramos los acusados. No le he vuelto a ver, ni quisiera volver a verle...

CABO (*Entrando.*) Señor juez...

MARQ. ¿Otra vez?

CABO Me pregunta el gendarme si hay que cumplir la consigna, caso de que los periodistas entraran a la fuerza en el parque.

MARQ. ¿Cuál es la consigna?

CABO Disparar sobre ellos.

MARQ. ¿Está usted loco, cabo? ¡Disparar sobre los periodistas!

CABO Bueno. No sé cómo me las voy a arreglar... ¡Están furiosos!

MARQ. Asústelos usted... Haga usted lo que quiera. Pero nada de disparar.

CABO Comprendido. (*Mutis.*)

MARQ. ¡Así es como se arman los jaleos! En fin, deje-

- mos esto y volvamos al último interrogatorio de la señorita Stangerson... ¿Está mejor la señorita Stangerson?
- T. BER. El señor doctor acaba de salir del castillo y ha dicho que no hay peligro por ahora.
- MARQ. ¡Mucho mejor! Lea usted, señor escribano. La señorita Stangerson declara que cuando entró en su cuarto...
- MAL. (*Leyendo.*) «Cuando entré en mi cuarto no advertí nada anormal...»
- MARQ. (*Al tío Santiago.*) ¿Ni usted tampoco, tío Santiago? ¿Está usted seguro? ¿No notó usted nada?
- SANT. A fe mía que no, señor juez. Cerré la ventana, encendí la lamparilla como todas las noches... Y estaba bien lejos de suponer que estuviera allí el bandido...
- MARQ. Pero aún no nos ha explicado usted lo que hacía su pañuelo sobre la cama entre las huellas que dejó el asesino.
- SANT. ¿Es que va usted a sospechar?
- MARQ. ¡Basta! Yo no le acuso a usted. Ya sé que estaba usted aquí con su amo... Continúe usted, señor escribano.
- MAL. (*Leyendo.*) «Pregunta: Señorita, cuando entró usted en su cuarto ya tenía usted el revólver del tío Santiago... ¿Es que tenía usted alguna cosa?— Respuesta: No sé decirlo con precisión. Desde algunas noches atrás, me parecía sentir que cruzaban las ramas de los árboles de alrededor del pabellón...— Pregunta: Entonces, señorita, diga usted lo que pasó.— Respuesta: Acababa de meterme en el lecho, cuando advertí de pronto una sombra formidable; en el mismo instante se apagó la lamparilla y yo di un grito...»
- SANT. ¡Parece que aún le tengo en los oídos!
- MARQ. ¡Tío Santiago! (*Al Escribano.*) Siga usted.
- MAL. (*Leyendo.*) «Inmediatamente se arrojaron sobre mí en la oscuridad, y sentí que me apretaban la garganta tratando de estrangularme. Ya casi ahogada, pude coger del cajón entreabierto de la mesilla de noche el revólver que allí había dejado, y disparé. El hombre lanzó un grito sordo

MARQ.  
MAL.  
MARQ.

SANT.

BERN.  
T. BER.  
MARQ.

BERN.  
MARQ.  
SANT.  
MARQ.



al sentirse herido, pero en seguida yo recibí un golpe terrible en la cabeza. Todo esto pasó en menos que lo cuento. Y ya no sé más.—Pregunta: ¿No supone usted cómo pudo escapar el asesino?—Respuesta: No.—Pregunta: ¿Era alto, bajo...?—Respuesta: Yo estaba como muerta y una muerta no puede saber nada.» (En este momento entra el Cabo y cierra la puerta. El escribano se calla.)

MARQ. ¿Eso es todo?

MAL. ¡Se acabó!

MARQ. (Paseándose de un lado para otro con gesto de magistrado seguro de sus deducciones y escuchándose cuando habla.) ¡Ah, no!... ¡No se acabó!... Ahora es precisamente cuando empieza. ¡Cabo! Vaya usted al castillo y diga usted al señor Stangerson que deseo hablarle... ¡Ah! Y si ha llegado el señor Dorzac, dígame que deseo hablarle también. (Mutis el Cabo.) Y mientras, vosotros, oídme bien... Me vais a decir todo lo que pasó. (Mira al tío Santiago, amenazador.)

SANT. Usted hará conmigo lo que quiera, señor juez; pero yo, aunque estuviese en el cadalso, seguiría diciendo lo mismo: «Yo no he visto nada...» La puerta se forzó y se abrió delante de todos nosotros, y como el cuarto amarillo no es muy grande, inmediatamente lo examinamos de arriba abajo. ¡No había nadie!... La ventana estaba cerrada y los barrotes en su sitio, y, sin embargo, el pájaro había volado. Y yo le juro al señor juez que si le llegamos a encontrar no lo hubiera pasado muy bien.

BERN. ¡Dios sabe que ésta es la verdad!

T. BER. ¡Dios lo sabe!

MARQ. (Fastidiado.) Pero si no había ninguna trampa en el suelo ni en el techo; si no había ningún agujero en las paredes; si no había puertas secretas ni nada...; entonces...

BERN. Entonces ¿qué?

MARQ. Entonces... ¡Yo no soy un imbécil!

SANT. ¡Yo no he dicho eso!

MARQ. ¿Eh?

- MAL. ¿Me permite el señor juez una modesta observación?
- MARQ. Venga, Maleine.
- MAL. Llamo la atención del señor juez sobre las palabras pronunciadas por la señorita Stangerson al caer desvanecida: «¡No entréis aquí!»
- MARQ. ¡Evidentemente!... No entréis aquí para que no veáis nada. (*Con fuerza, mirando al tío Santiago y a los Bernier.*) Pero han entrado; ¡luego han visto! (*Aparte al escribano.*) Sólo que les han cerrado los ojos... Yo se los abriré a todos, a los altos y a los bajos. (*Entra el Cabo.*)
- CABO ¿Qué le han respondido a usted en el castillo? El señor Dorzac acababa de llegar y entró con el señor Stangerson en el cuarto de la señorita Stangerson... Vendrán en seguida.
- MARQ. Muy bien... ¿Y de los periodistas?
- CABO Se han marchado.
- MARQ. ¿Cómo que se han marchado? ¿Todos?
- CABO Todos.
- MARQ. (*Desconcertado.*) ¿Qué cosa más extraña! ¿Y por qué se han marchado?
- CABO ¡Los eché yo!
- MARQ. ¿Que ha echado usted a los periodistas?
- CABO Usted me dijo que los asustara, y he cumplido sus órdenes.
- MARQ. ¿Pero qué les ha dicho usted?
- CABO Que me habían mandado disparar sobre ellos si trataban de forzar la consigna... Eso me bastó para que no aguardaran a más razones.
- MARQ. (*Sofocado.*) ¿Les ha dicho usted eso?
- CABO Y me respondieron que se volvían a París a presentar una protesta al ministro de Justicia.
- MARQ. (*Fuera de sí.*) ¡Un hombre! ¡Un hombre!... ¿No tiene usted ahí un hombre?... ¿Con un buen caballo?
- CABO Sí, señor juez.
- MARQ. Que salga inmediatamente, que reviente el caballo si es preciso hasta encontrar a los periodistas... Y que les diga que yo les comunicaré todo lo que haya, si tienen la bondad de esperarme a la salida... Ahí creo que hay una po-



sada..., la posada del Miradero... Que me esperen en la posada del Miradero.

CABO Comprendido. (*Mutis.*)

MARQ. (*Corriendo hacia el vestíbulo.*) ¡Ah! Que le digan al posadero que todo el gasto corre de mi cuenta... (*Vuelve a la escena.*) ¡Oh, la gendarmería, la gendarmería! (*Se detiene delante del escribano cruzando los brazos.*) ¿Qué le parece a usted?... ¡En la que estamos metidos! (*Se pasea y extiende los brazos.*) ¡Y hay que pensar en todo!... ¡En todo! (*Llega a la ventana, se para y mira.*) ¿Quién es ése?... ¿Qué hace ahí?... Se tiende en el suelo... Se levanta... ¿Es que está midiendo el terreno, Maleine? (*Más alto.*) ¡Maleine!

MAL. ¿Qué, señor juez?

MARQ. Venga usted aquí un momento... ¿Quién es ese hombre que está junto al estanque?

MAL. (*Mirando por la ventana.*) Tal vez algún policía aficionado... Ahora le da a todo el mundo por sentirse detective.

MARQ. Un aficionado... ¡Que espere un poco! (*Al Cabo, que entra.*) ¡Cabo!

CABO ¡Señor juez!

MARQ. ¡Venga usted aquí!... ¿Cómo ha dejado pasar a ese hombre?

CABO Me ha enseñado su tarjeta... Es un agente de Policía.

MARQ. ¿Un agente de Policía?...

CABO Y de los más célebres... Los periódicos han hablado mucho de él... Es Larsán.

MARQ. ¡Federico Larsán!... Ahí tiene usted, Maleine... Nos envían las glorias de París... Ya no nos queda más que cruzarnos de brazos. ¡Esos caballeros lo arreglarán todo!

CABO (*Sigue mirando por la ventana.*) ¡Cómo corre!... Pueda que quiera encontrar a los asesinos antes de la llegada de su jefe.

MARQ. ¿Qué jefe?

CABO El jefe de Policía... Me ha dicho que le esperaba esta tarde.

MARQ. ¿El señor Dax?

- CABO. Eso es. El señor Dax.
- MARQ. ¿Oye usted, Maleine? El jefe de la Policía va a venir aquí inmediatamente y nosotros no hemos detenido a nadie todavía. (*Volviéndose hacia los Dernier. Brutalmente.*) Vamos a ver. ¿Seguís diciendo que no visteis salir al asesino?
- LOS B. ¡No le vimos salir, señor juez!
- MARQ. (*Irritado.*) ¡Está bien!... Escriba usted, señor escribano. (*A los Bernier.*) ¿Qué hacían ustedes en el parque la noche del crimen?
- BERN. No estábamos en el parque, estábamos en nuestra casa, en nuestra portería.
- T. BER. ¡Durmiendo tranquilamente!
- MARQ. ¡Mentira! El tío Santiago les encontró cerca del pabellón.
- T. BER. Vinimos por el disparo.
- MARQ. Estaban ustedes vestidos del todo.
- BERN. No íbamos a salir desnudos.
- T. BER. ¡Y en este tiempo!
- MARQ. (*Siempre muy de prisa.*) Usted, Bernier, llevaba atados los zapatos.
- BERN. Para no caerme pisándome los cordones.
- T. BER. ¡Todo el mundo no puede gastar botas de botones!
- MARQ. Y en cuanto al tiro de revólver, no es posible que se oyera desde la portería.
- BERN. Los que sean tardos de oído.
- T. BER. ¿Tenemos nosotros la culpa de no ser sordos?
- MARQ. (*Siempre muy de prisa.*) Repito mi pregunta: ¿pueden ustedes decirme qué hacían en el parque, cerca del pabellón, la noche del crimen? (*Los Bernier se miran muy embarazados.*) ¿No responden nada? ¿No?... ¡A ver!... ¡Prenderlos! ¡Vivo, vivo, Cabo!... Las esposas... (*Los Bernier protestan y sollozan.*) ¡Nada de gritos, nada de llantos, nada de lamentos! (*El Cabo les pone las esposas. Llamán a la puerta.*) Han llamado. ¡Adelante!
- DAX. (*Desde el umbral.*) ¡Dispensen ustedes que les moleste, señores... Soy el jefe de Policía.
- MARQ. (*Aparte.*) ¡Si me descuido! (*Alto, mientras va a la puerta.*) ¡Esperar ahí! (*Indica un rincón, a*



la izquierda, donde el Cabo hace sentar a los Bernier.)

MARQ. (Delante de Dax.) Ha llegado usted a tiempo de verme prender a esos miserables.

DAX Mejor que mejor... ¿Son los asesinos?

MARQ. ¡De ninguna manera!

DAX ¡Eso es peor! (Se sienta y mira lentamente alrededor.) ¿El lugar del crimen?

MARQ. Muy próximo. (Señalando al cuarto amarillo.) El cuarto amarillo está ahí... Si le quiere usted ver...

DAX En seguida.

MARQ. No es nada interesante, ¿sabe usted?... Cuatro paredes y una puerta.

DAX Ya veremos. ((Tomando una llave inglesa que está sobre la mesa.)) ¿Qué es esto?

MARQ. Ya lo ve usted. Una llave inglesa.

DAX (La mira y la vuelve a dejar donde estaba.) Yo creía que no se había encontrado el arma del crimen.

MARQ. En efecto; pero como yo la necesitaba para mi demostración, he comprado una.

DAX (Asombrado.) ¿Ha comprado usted un arma del crimen?

MARQ. (Precipitadamente.) ¡Oh, se adapta a la herida perfectamente!

DAX ¡Le felicito! A poco más la manda usted hacer a la medida. (Mira a los Bernier.) ¿Son cómplices, sin duda?

MARQ. Sí; mientras no me prueben lo contrario.

DAX Tienen mala facha... Ha hecho usted muy bien en prenderlos; esta noche la opinión pública estará satisfecha. Porque no quiero ocultarle a usted, señor juez, que este suceso va a meter mucho ruido en Francia y en el extranjero. Todos los periódicos se ocupan de él extensamente. ¡A ver si van a ser otra vez los periodistas los que encuentren al asesino!

MARQ. Le advierto a usted, señor Dax, que los periodistas no sacarán nada de mí.

DAX ¡Le felicito! Me los encontré en el camino: y parecían muy contentos. Me dijeron que los

- había citado el juez esta noche para decirles todo lo ocurrido.
- MARQ. Les he citado, efectivamente; pero para darles una información falsa.
- DAX Muy bien; pero a mí me es igual... Yo no temo a los periodistas que vienen a pedir noticias; temo a los que vienen a traerlas. Por cierto que no he visto entre esos reporteros a un muchachillo, de quien seguramente habrá usted oído hablar...: José Rouletabille.
- MAL. ¿Del diario *La Noche*?
- DAX No hay más que un Rouletabille, señor escribano. A ése me refiero.
- MARQ. (Mirando al escribano.) ¿El danzante aquél que viajó con nosotros esta mañana?
- DAX ¿Qué ha sido de él?
- MARQ. ¡Eso a mí no me importa!
- DAX ¿De veras? ¿Ha tenido usted la inesperada fortuna de saber que Rouletabille se interesaba en este asunto y no se ha cuidado usted? ¡Ni siquiera se ha vuelto usted a ocupar de él!... ¿De quién se ha ocupado usted entonces, señor juez de instrucción?
- MARQ. Del asesino, señor jefe de Policía.
- DAX ¡Del asesino! Rouletabille le meterá a usted el asesino en el bolsillo.
- MARQ. Tranquilícese usted, señor Dax... ¡Conmigo no hay peligro! Rouletabille quería esta mañana entrar aquí, y yo le hice expulsar de Glandier... ¡Sencillamente!
- DAX ¿Y qué dijo él?
- MALQ. (Con guasa.) Que estaría en el cuarto amarillo antes que nosotros.
- DAX ¡Pues está!
- MARQ. ¿Qué dice usted?
- DAX ¿Ha mirado usted bien?
- MARQ. ¿Dónde?
- DAX En el cuarto amarillo. Le digo a usted que allí está.
- MARQ. (Corre a abrir la puerta del cuarto amarillo, lo recorre rápido, y se deja caer después en una silla enjugándose la frente. El interior del cuarto



*amarillo ha de estar igual que al final del acto anterior: la mesa de noche derribada en el suelo y los muebles en desorden.) ¡Uf, qué susto me ha dado usted!*

*Dichos y Larsán.*

*(Empuja la puerta del vestíbulo, que deja abierta de par en par. Trae un bastón en la mano derecha que no abandona jamás, y en la izquierda un par de zapatos.)*

DAX ¡Ah, Larsán!... ¿Ha encontrado usted ya al asesino?

LARS. Por lo pronto he encontrado este par de zapatos. *(Los deja sobre la mesa en las narices del escribano y se inclina ante el juez.)*

SANT. *(Que mientras no le interrogan limpia junto a la ventana un aparato de física, se levanta y se llega a la mesa.)* ¡Son los míos!

MAL. *(Con un gesto.)* Bueno; que los quiten de aquí. Estos son los zapatos que llevaba el asesino.

SANT. ¡Bonitos me los ha puesto el indecente! *(Los va a coger.)*

MARQ. ¡No los toque usted! *(Los coge y los examina.)*

LARS. Los he encontrado en el estante.

DAX ¡Bravo, Larsán!... ¡Buen descubrimiento! Recibió usted mi telegrama en Calais, ¿verdad?

LARS. No, en Londres, ayer. Tomé el tren en seguida, y esta mañana, a las cinco, empecé a trabajar. *(Desde este momento los Bernier discuten entre ellos.)*

MARQ. *(Mirando los zapatos por encima de sus lentes.)* Estos zapatos deben adaptarse perfectamente a las huellas...

LARS. Que van de la ventana del vestíbulo al estante, sí, señor juez.

MARQ. El asesino quiso sin duda disfrazarse.

LARS. Para que recayeran las sospechas en una víctima escogida de antemano.

MARQ. Hay que convenir en que lo hizo de una manera muy burda.

LARS. ¡No tan burda como parece!... Si el doctor Stan-

- gereson hubiera abandonado el laboratorio a su hora de costumbre, hubiésemos tenido que sospechar del tío Santiago.
- SANT. ¿Qué dice usted?
- DAX (*A Larsán.*) ¿Cree usted que hay cómplices?
- LARS. Es posible.
- MARQ. Acabo de prender a dos.
- LARS. (*Mirando a los Bernier.*) Los porteros del parque... ¡Tal vez!... (*Con intención.*) El asesino debe conocerlos.
- T. BER. (*A Bernier, después de discutir un momento.*) Bueno, si me conoce, yo no le conozco; y no quiero tener más tiempo estos aparatos en las manos.
- BERN. ¡Cierra la boca!... ¿Eres tú el asesino?... ¡No! ¡Ni yo tampoco!... Déjales que hagan lo que quieran, que va verán ellos lo que hacen.
- DAX Dígame, Larsán... ¿Ha encontrado el rastro del hombre después que dejó en el estanque los zapatos del tío Santiago?
- SANT. ¡Todavía mis zapatos! ¿Qué es lo que quieren con mis zapatitos?
- LARS. El hombre se volvió por la carretera en bicicleta.
- MARQ. Yo también me fijé en ese rastro, y, por si acaso, quise informarme de si había alguna bicicleta en el castillo. No había ninguna.
- LARS. (*Glacial.*) No había ninguna desde el día antes del crimen, precisamente. Ese día estuvo aquí, por la mañana, el señor Dorzac, a recoger la suya. (*Pausa. Los tres hombres se miran.*)
- DAX ¡Ah, ah! (*Pausa.*) Dígame usted, señor Marquet... ¿A usted le parece que éste es un crimen pasional?
- MARQ. ¡Seguramente! Aquí no había nada que robar.
- DAX ¿A qué hora cree usted, Larsán, que entró el asesino en el cuarto?
- LARS. Entre cinco y seis de la tarde; y no acierto a explicarme la facilidad con que pudo salir, sino pensando en lo fácil que le fué la entrada.
- DAX Por lo visto usted se ha formado una idea de cómo huyó el asesino del cuarto...



LARS. Una idea muy sencilla. Salíó por la puerta. (*Stangerson y Dorzac aparecen en la puerta del vestíbulo. Larsán no los ve.*) Y delante del señor Stangerson, que estaba solo. No hay otra manera de explicarse el misterio del cuarto amarillo.

*Dichos; Stangerson y Roberto Dorzac, apareciendo cuando se ha indicado. Marquet, al verlos, quiso dirigirse a ellos, pero Dax le hizo señas de reprimirse, e interroga inmediatamente a Larsán, el cual está vuelto de tal manera que no puede ver a los recién llegados.*

DAX ¿De modo que el señor Stangerson quedó un momento solo en el laboratorio?

LARS. ¡Sí! Mientras el tío Santiago fué a buscar socorro. ¡Oh! Seguramente entre la señorita Stangerson, su padre y el asesino debe haber un secreto terrible.

DOC. (*Avanzando.*) ¿Qué secreto? ¡Mi hija y yo no tenemos más secretos que los que procuramos arrancar a la Naturaleza. (*Pausa.*)

DAX ¿Me permite usted preguntarle, señor Stangerson, cómo se explica usted esa fuga inexplicable? Soy el jefe de Policía, caballero.

DOC. Yo no veo más que una cosa. El asesino, aprovechándose del horror que nos produjo la aparición de mi hija, se deslizó en el laboratorio, de aquí al vestíbulo y desde allí saltó al parque sin que le viéramos.

MARQ. De todos modos, es muy extraño que los criados tampoco vieran nada.

DAX ¿La señorita Stangerson debía casarse en breve?

DOC. (*Mostrando a Dorzac.*) Con Roberto Dorzac, nuestro compañero de trabajo.

MARQ. Afortunadamente, la vida de la señorita Stangerson no corre peligro. El matrimonio, pues, se ha retrasado solamente.

DOC. Así lo espero.

MARQ. ¿No está usted seguro? (*Silencio embarazoso de Stangerson.*)

ROBER. Dos días antes del crimen me pidió la señorita Stangerson que le devolviera su palabra.

MARQ. ¿No le dijo el porqué?

DOC. (Interrumpiendo.) Esta decisión, que yo no puedo considerar como definitiva, me apenó profundamente... Pero eso nada tiene que ver con el espantoso drama que nos ocupa.

MARQ. (Con vacilación.) El dolor del señor Dorzac ha debido ser de los más vivos.

ROBER. Eso no le interesa a nadie, caballero.

MARQ. ¡Es evidente!... (A Stangerson.) ¿Me quiere usted hacer el honor de acompañarme hasta esta puerta? (Señalando la del cuarto amarillo. Stangerson le sigue y él la abre.) He aquí el cuarto del crimen tal como nos le ha entregado usted. Nada se ha cambiado... Señor Stangerson, si no quiere usted decirnos el nombre del asesino, diganos usted al menos que le vió usted huir por esta puerta.

DOC. Juro que no me he separado de esta puerta desde que oí los gritos desesperados de mi hija: que no se abrió esta puerta mientras yo estuve solo en el laboratorio, y que cuando mis criados y yo penetramos en el cuarto amarillo no estaba allí el asesino. Y juro que no le conozco.

MARQ. Señor Stangerson, a pesar del profundo respeto que se le debe, yo estoy obligado a decirle a usted que todo eso es increíble. (En este momento se oye un ruido como de hierro viejo en la chimenea. Por ella cae rodando Rouletabille, todo ennegrecido entre una nube de hollín. Salta hacia Stangerson, le pone una mano en la espalda y le dice.)

ROUL. ¡Yo sí le creo a usted, caballero!

Dichos, Rouletabille y en seguida el Cabo. Al ruido todos se han vuelto estupefactos ante la aparición.

DOC. ¿Qué es eso?

LARS. ¡Un deshollinador!

DAX (Tosiendo, ahogándose.) ¡Puach!

SANT. ¡Es el asesino! ¡Que lo prendan!

EL MIS

MAL.  
MARQ.

ROUL.

MARQ.

DOC.

ROBER.

DAX

MARQ.

DAX

MARQ.

MAL.

ROUL.

LARS.

ROUL.

LARS.

MARQ.

DAX

ROUL.

DAX

DOC.

ROBER.

DOC.

ROUL.

MARQ.

ROUL.

MARQ.



MAL. ¡Prenderlo!

MARQ. (*Avanzando hacia Rouletabille, que sonríe.*) ¿Qué quiere usted?... ¿De dónde viene usted? ¿Quién es usted?

ROUL. (*Presenta una cartulina ennegrecida y se sacude, esparciendo una nube de hollín.*) Aquí está mi tarjeta.

MARQ. (*Cogiendo la tarjeta con la punta de los dedos.*) ¡Su tarjeta!

DOC. ¿Quién es?

ROBER. Un loco.

DAX Yo conozco esa voz. (*Mira la tarjeta.*)

MARQ. (*Sacude la tarjeta, la sopla por encima.*) José...

DAX José Rouletabille.

MARQ. (*Sofocado.*) ¡No!

MAL. (*Levantándose.*) ¡No es posible!

ROUL. (*Inclinándose.*) Reportero de *La Noche*, para servir a usted.

LARS. (*Se sienta y le estrecha la mano.*) Buenas tardes, Rouletabille.

ROUL. Buenas tardes, Larsán.

LARS. ¡Caramba! Lleva usted unos guantes que desfilen.

MARQ. ¡Basta de cumplidos!

DAX ¡Esto es demasiado!... ¡Por la chimenea!

ROUL. ¿Por qué se han encerrado ustedes? San Luis administraba justicia al aire libre, junto a una encina.

DAX (*Muy serio.*) ¡Rouletabille!... Es preciso que se marche, si no quiere usted tener que sentir. Estas cosas no se pueden hacer.

DOC. (*A Dorzac.*) Pero ¿quién es al fin?

ROBER. Creo que un periodista.

DOC. (*Alejándose seguido de Dorzac.*) Con permiso de ustedes. Me retiro, señores.

ROUL. Puede usted retirarse, señor Stangerson; puede usted retirarse. (*Stangerson sale.*)

MARQ. (*Furioso a Rouletabille.*) ¿Es que va usted a mandar aquí?

ROUL. Tengo algo interesante que decirle, señor juez de instrucción.

MARQ. No queremos saber nada por su conducto. (*Mi-*

- rándole de arriba abajo.) Debería usted estar avergonzado... ¡Por la chimenea! Yo he conocido algunos periodistas... He conocido a Brunetiere... ¡Jamás Brunetiere, para escribir un artículo, hubiese venido a buscar a las gentes por la chimenea!
- ROBER. (A la puerta.) ¿Y yo, puedo marcharme, señores?
- ROUL. (Siempre sacudiéndose.) Usted no, señor Dorzac... Es preciso que se quede.
- MARQ. (Digno.) Puede usted retirarse, señor Dorzac; yo le llamaré si hiciere falta.
- ROBER. Está bien. (Se dispone a salir.)
- ROUL. (Sacudiendo su gorra en la rodilla.) «El presbiterio no ha perdido su encanto, ni su lozanía el jardín...»
- ROBER. (Cierra rápidamente al oír esta frase.) Me quedo.
- MARQ. ¿Qué broma es ésta?
- DAX Demasiado dura. Rouletabille, hágame usted el favor de marcharse.
- ROUL. Déjeme usted siquiera que me arregle un poco. (Se quita la americana y se la queda en la mano.)
- MARQ. Cabo, deténgame a ese mocito. (En el momento en que el Cabo le va a echar la mano, Rouletabille le sacude la americana en las narices, cubriéndole de hollín. El Cabo retrocede dando un grito y frotándose los ojos.)
- ROUL. (Se precipita sobre los papeles del Escribano.) Antes quiero impedir que el señor juez cometa una tontería.
- MAL. Mis papeles... Mis papeles.
- MARQ. (Levantando los brazos al cielo.) ¿Pero a qué aguarda usted, Cabo?
- CABO (Frotándose los ojos.) Me ha metido en los ojos toda la chimenea.
- ROUL. (Apoderándose de los papeles, que desgarran, mancha y tira por el suelo.) El interrogatorio de los porteros más alto, más alto... (El escribano se desespera.)
- DAX (Acabándosele la paciencia.) Rouletabille, se acabó la broma... Salga usted ahora mismo de aquí,



- o yo le juro que lo detengo por mi propia mano.
- ROUL. (*Volviéndose bruscamente.*) ¿También usted, marchó. Y ahora mismo. (*Se pone la americana febrilmente.*) Voy a escribir mi información, que por cierto resultará muy entretenida. Sobre todo al contar cómo, después de cuarenta y ocho horas de instrucción, el juzgado competente, con la ayuda de la Policía, sólo ha podido detener a dos pobres porteros, cuyo crimen fué andar cazando furtivamente, y que se lo callan para que el amo no los plante en la calle.
- BERN. (*Se levanta.*) ¿Qué es lo que dice?
- T. BER. ¿Quién se lo ha contado?
- ROUL. Sí, me voy. Y diré también en mi artículo lo que no me han dejado ustedes tiempo de probarles. Que el móvil del crimen...
- MARQ. Conocemos perfectamente el móvil del crimen.
- ROUL. (*Con la mano en la puerta del vestíbulo.*) Fué el robo... Adiós, señores. (*Sale.*)
- MARQ. ¿El robo?
- DAX (*Corre detrás de él.*) ¡Rouletabille! ¡Rouletabille!
- ROBER. ¡El robo!... ¡Ese muchacho está loco!
- LARS. ¡Cuando él lo dice es porque está seguro!
- MARQ. (*Trastornado.*) ¿Le parece a usted? (*Corre al vestíbulo.*) ¡Señor Rouletabille!... ¡Señor Rouletabille!...
- DAX (*Trayendo a Rouletabille, al que empujan él y el juez dentro del laboratorio.*) ¡No hay que marcharse de ese modo, joven amigo!
- ROUL. ¿Y a esto llama usted detenerme por su propia mano?
- DAX ¿Qué historia es esa del robo? ¡Vamos a ver!
- ROUL. (*Se quita la americana, que deja sobre una silla, y se arremanga.*) Ahora se la diré, en cuanto me lave. ¡No creo que sea un lujo excesivo!... ¡Hay que ver cómo está esa dichosa chimenea! (*Va al lavabo y abre la llave.*) ¡Ah, un paño! (*Va a un armario, lo abre, saca un paño, vuelve al lavabo y cierra la llave.*) Señor Larsán, hágame el favor del jabón y del cepillo de las uñas. Muchas gracias. Siempre he dicho que era

- usted un hombre muy servicial. (*A Dorzac.*) No se impaciente, señor Dorzac, que en seguida soy con usted. (*Lavándose las manos. A Marquet.*) ¿Quiere usted darme el paño, señor juez?... Lo tiene usted delante de los ojos... Ahí... Cabo, acérqueme usted mientras el agua de Colonia. (*Renueva el agua del lavabo.*)
- CABO (*Espantado, girando sobre sus talones.*) ¿El agua de Colonia?
- ROUL. ¡No hay que perder la cabeza! (*Señalando un armario.*) Ahí está... Venga... Gracias... (*El Cabo le da la botella. Rouletabille la abre, aspira un poco y vierte unas gotas en el agua del lavabo. Todo muy de prisa.*)
- MARQ. ¡Está como si estuviera en su casa!
- MAL. ¡Si no le encontramos en el cuarto amarillo es porque ya se había marchado!
- ROUL. (*Lavándose la cara.*) Tú lo has dicho, mal genio!
- MARQ. ¡Eso sí que no! ¡Yo me llevé la llave del pabellón!
- ROUL. (*Sigue lavándose.*) ¿Y la llave de la chimenea, se la llevó usted? En la chimenea me volví a esconder cuando sentí que venían ustedes. Pero mientras continuaban sus pesquisas alrededor del estanque, he visto todo esto tranquilamente. (*Secándose. Señalando a los Bernier.*) Saquen ustedes de aquí a estas gentes que no hacen ninguna falta y nos molestan para hablar.
- MARQ. ¡Salgan fuera! (*A los Bernier.*)
- BERN. (*Al levantarse.*) Perdón... Perdón... Nosotros...
- ROUL. No dirán nada de particular. ¡Vamos fuera!
- CABO. ¿Les quito las esposas?
- MARQ. Sí; están libres, hasta nueva orden.
- ROUL. Y el tío Santiago que se vaya también...
- SANT. (*Gruñendo al marcharse.*) ¡Cuando está uno fuera, es preciso que esté dentro, y cuando está dentro, le echan afuera! (*Sale, y también los Bernier, y el Cabo. Marquet cierra la puerta.*)



*Rouletabille, Marquet, Dax, Dorzac, Larsán y Escribano.*

MARQ. Vamos a ver.

ROUL. Sí. Ya se acabó la broma. Perdona usted, señor Dorzac, que le haya retenido, pero le necesitábamos para que nos diga lo que había en ese mueble. (*Señalando al cofre-fort.*)

MARQ. ¿En cuál?

ROUL. En ese... ¿No lo ve usted?

ROBER. ¡Está puesta la llave! (*Se dirige a él y lo abre.*)

¡Nada!... ¡Robado!

DAX ¡Robado!

ROBER. (*Registrando el mueble.*) ¡Todo lo han saqueado! ¡Lo han cogido todo! ¡Ah! ¡Que no lo sepa el desventurado maestro!... ¡Sería un golpe terrible para él! Aquí estaban encerrados quince años de su vida. Sus documentos más preciosos, las relaciones más secretas sobre sus experiencias y sus trabajos... (*Registra rabiosamente.*) ¡Nada! ¡Nada! El hombre que ha herido allí. (*Señala el cuarto amarillo.*) y que ha robado aquí le ha arrebatado todo; su hija y su obra. (*Silencio. Dorzac se deja caer en una silla.*) ¡Ya sabía yo que habían robado la llave!

DAX ¿Dice usted que habían robado la llave?

ROBER. La señorita Stangerson creía haberla perdido... Ella y yo solamente sabíamos su desaparición.

LARS. El ladrón también lo sabía.

MARQ. (*A Rouletabille.*) ¿Pero cómo ha adivinado usted?...

ROUL. ¡Yo no he adivinado nada! No he hecho más que fijarme en las señales del robo, que están a la vista. Aquí puede seguirse paso a paso el rastro del asesino. Y sobre todo, no había más que abrir el mueble y notar el desorden... Pero ¿quiere usted que le diga por qué no lo hizo usted, señor juez de instrucción? Porque no podía usted imaginarse que hubiera nada interesante para robar en un laboratorio... ¡Ah si lo hubiese usted encontrado en una joyería!

MARQ. ¿Pero qué significa este robo?

LARS. ¡Eh, eh! Pensemos en la influencia que un hom-

bre enamorado de la señorita Stangerson creyera tener sobre la hija robando los tesoros del padre... De todos modos, sería interesante conocer en qué circunstancias se creyó esa llave perdida.

ROBER. Durante un paseo por el parque, en unión de otros objetos sin importancia, que la señorita Stangerson llevaba en su bolso.

LARS. ¿La señorita Stangerson paseaba sola?

ROBER. No.

LARS. ¿Quién la acompañaba?

ROBER. Yo. (*Silencio. Sensación.*)

LARS. El que robó la llave sabía el contenido de ese mueble, y esto nos permite circunscribir las pesquisas a los familiares del laboratorio.

ROBER. No hay más familiar del laboratorio que yo.

LARS. (*Muy seco.*) Habrá otras personas que entren aquí, caballero. La servidumbre del castillo, por lo menos... El ayuda de cámara, el guarda, ¿qué sé yo! Ya lo averiguará el señor juez de instrucción.

DAX. Si no me engaño, usted cree, Larsán, que el robo no ha sido más que el prólogo del crimen.

LARS. Seguramente.

ROUL. Hay una prueba absoluta de que el robo se cometió antes del crimen, y se la voy a presentar a usted, señor Larsán. (*Abre la puerta del cuarto amarillo, entra y señala una pared.*)

LARS. (*Va allí con Dax y Marquet.*) La huella de una mano derecha ensangrentada en la pared.

ROUL. ¿A que no encuentra usted en el mueble ni una mancha de sangre? (*Se queda en el cuarto mientras los otros se dirigen al mueble. Busca por todas partes, se agacha, se levanta, mira la pared, etc.*)

MARQ. (*A Dorzac.*) ¿Podría usted indicarnos el sitio donde se perdió el bolso?

ROBER. Desde aquí no se ve... Desde la ventana del vestíbulo me parece que sí. (*Sale con Dax y Marquet.*)

LARS. (*Vuelve al cuarto amarillo.*) ¿Se puede saber su opinión sobre todo esto, Rouletabille?



ROUL. (*Con ambigüedad.*) Ya hablaremos.

LARS. (*Llevándole aparte.*) ¡Está usted muy enigmático!

ROUL. (*Separándose.*) ¡Eso es cuenta mía!

LARS. Veo que aún sigue usted buscando las huellas...

ROUL. ¡Eso es secundario para mí!... No hay que fiarse por completo de las pruebas materiales, que les llevan a ustedes a cometer tantos errores judiciales... Lo primero es razonar, pero razonar con buen sentido. Yo trazo un círculo de verdad irrefutable, y sólo aprovecho las pruebas materiales que pueden entrar en ese círculo... Este es mi sistema.

LARS. ¿Y tiene usted ya un culpable? (*Entra Dorzac con Marquet y Dax, dirigiéndose hacia la ventana, donde hablan un momento.*)

ROUL. ¿Y usted?

LARS. ¡Eh, eh, eh!

ROUL. Escuche usted bien, señor Larsán, y no olvide lo que voy a decirle: el señor Dorzac es un hombre honrado.

LARS. ¿Está usted seguro?

ROUL. Segurísimo.

LARS. Pues yo estoy seguro de todo lo contrario. Esta es la batalla.

ROUL. Sí; la batalla en que yo le venceré, señor Larsán.

LARS. ¡La juventud es muy atrevida!

ROUL. ¡Mucho!

LARS. (*A Dax, señalando la mano derecha de Dorzac, que continúa enguantada.*) ¿Podríamos saber por qué sigue el señor Dorzac con ese guante puesto?... ¿Acaso tendrá una herida en la mano?

ROUL. (*A media voz, en tono de reproche.*) ¡Tiene usted un pensamiento ruin, señor Larsán!

LARS. (*Mirando las manos de Dorzac.*) ¿Por qué dice usted eso? ¿Es que no se puede uno herir en un laboratorio lo mismo que en un accidente de caza? Sería curioso, en efecto...

ROBER. (*Que hasta ahora no parecía darse cuenta de lo*

- que pasaba, avanza con frialdad.) ¿Qué es lo que sería curioso, caballero?
- LARS. Pregúnteselo a este joven.
- ROUL. Cuando se está seguro de una cosa no hay que acudir a los demás para que se expliquen.
- LARS. (Irónico.) Le encuentro a usted muy vidrioso, señor Rouletabille.
- ROUL. ¡Por su culpa! Cuando ustedes llegan a formarse una idea, buena o mala, por nada del mundo la abandonan; la hacen ustedes cuestión de amor propio, y serían capaces por ella hasta de mandar a la guillotina a su padre... ¡Digo! Precisamente, a propósito de cómo pudo escaparse el asesino del cuarto amarillo.
- LARS. (Volviéndose con los otros.) Dígalo usted, si lo sabe. ¡Qué criatura!
- ROUL. No; yo no lo diré, porque, aunque soy una criatura, no me precipito a lanzar mis sospechas sobre nadie... Yo no diré mi pensamiento hasta que lo haga surgir de la sombra, donde está el de usted villanamente embrollado, señor Larsán.
- LARS. (Guaseándose.) ¿Le parece a usted?
- ROBER. Si no lo está, caballero, yo le agradecería que me explicara lo que ha querido decir hace un momento con eso... del curioso accidente de laboratorio.
- LARS. Hablábamos de la utilidad de los guantes cuando se ha herido una mano cazando; y decía yo que también puede uno herirse en la mano en un laboratorio.
- ROBER. ¿Y qué es lo que sería curioso?
- LARS. Yo no he dicho más que eso.
- ROBER. ¿Y por qué le ha excitado tanto a este joven a quien no conozco?
- ROUL. Yo sí le conozco a usted, caballero. Mi amigo Sainclair me ha hablado muchas veces de usted, y yo le admiro... Sería para mí un gran honor... (Vacila.)
- ROBER. ¡Diga usted!
- ROUL. Estrecharle la mano. (Dorzac se la tiende. Rouletabille le dice, sonriente:) Va usted a perdonarme, señor Dorzac, una superstición que con-

ROBER.

ROUL.

LARS.

ROUL.

LARS.

ROUL.

LARS.

ROUL.



servo desde que estuve en Rusia. Allí no se estrecha la mano de un enguantado... ¡Es mala sombra!

ROBER. *(Se quita el guante febrilmente y le da la mano.)* Aquí la tiene usted.

ROUL. *(Se la estrecha sin mirarla.)* Gracias. Me siento honradísimo al estrechar una mano como ésta, limpia, franca y leal..., y que no fué herida hace dos días ni en un accidente de caza ni en un experimento de química.

LARS. *(Irónico y desagradable.)* Este chiquillo es extraordinario.

ROUL. Yo soy un chiquillo, Larsán; pero no me gusta que me lo digan... Hasta ahora hemos sido buenos amigos.

LARS. ¡Y lo seguiremos siendo, Rouletabille! Todo esto no es más que una equivocación... Después de todo, una señal ensangrentada no indica necesariamente una herida... Sólo prueba... sangre en la mano... ¡Nada más!

ROUL. *(Muy nervioso.)* ¿Verdad que sí?... También puede ser esa sangre de la nariz... Esta es una hipótesis que le regalo a usted por si le sirve.

LARS. *(Muy frío.)* Lo pensaré. *(Se dirige a la ventana y mira.)* Dice usted bien: que hay que andar con muchas precauciones antes de lanzarse a las hipótesis... Pero va siendo tarde... Propongo a usted aprovechar la luz que nos queda para dar una vuelta junto al estanque. *(Saluda a Dorzac.)* Caballero... *(Dorzac no le contesta. Sale Larsán y le siguen Marquet y Dax, después de saludar vagamente a Dorzac. Tras de ellos sale el escribano, llevándose los papeles que durante toda la escena se ocupó en arreglar, limpiar y copiar de nuevo los inutilizados por Rouletabille.)*

Rouletabille, Dorzac; luego, Larsán.

ROUL. *(Fué a la puerta y la cerró después de salir todos. Vuelve junto a Dorzac.)* Señor Dorzac: ya ha visto en qué trampa le quieren coger... ¿Por

qué fatalidad parece que todo le acusa? Esto es lo que ignoro y lo que quiero saber... Por eso le rogué que se quedara, pronunciando aquellas palabras...

ROBER. (*Gesto duro.*) Por ellas precisamente me he quedado. ¿Dónde las ha oído?

ROUL. «El presbiterio no ha perdido su encanto, ni su lozanía el jardín.»

ROBER. ¡Cállese usted! ¡No las repita más! ¿Dónde las ha oído usted?

ROUL. En el Elíseo... Las dijo la señorita Stangerson, con tal acento de desesperación, que me quedé como clavado, sorprendido.

ROBER. ¿Y no oyó usted nada más?

ROUL. Todavía oí decir a la señorita Stangerson: «¡Yo te digo que vive!»

ROBER. (*Sin poder reprimir un gesto nervioso.*) ¿Nada más?

ROUL. Nada más.

ROBER. ¿Y eso qué le interesa a usted? Olvídelo todo y márchese.

ROUL. ¡Marcharme!... ¿Quién le dice a usted que ese hombre que se ha escapado misteriosamente del cuarto amarillo no ronda aún en torno de su víctima? Yo le puedo jurar a usted que no está lejos.

ROBER. (*Rápido.*) ¿Cómo cree usted semejante cosa?

ROUL. Porque le veo a usted muy angustiado.

ROBER. ¡Cállese!

ROUL. ¡Y todavía quiere usted que me vaya!

ROBER. (*Suplicante.*) Sí, váyase, por el amor de Dios... Olvide usted todo lo que oyó aquella noche, todo lo que ha podido usted adivinar aquí. (*Llaman al cristal de la ventana.*)

ROUL. ¡Llaman! ¡Le necesitan! Vaya usted de prisa. Y no tema usted las preguntas, o está usted perdido.

ROBER. Me voy... Y adiós.

ROUL. No, no... Yo me quedo... Pueden prenderle a usted.

ROBER. ¡Que hagan de mí lo que quieran!

ROUL. ¿Y ella?... ¿Quién velará por ella si le encie-

ROBER.  
ROUL.

LARS.  
ROUL.  
LARS.  
ROUL.  
LARS.  
ROUL.  
LARS.  
ROUL.

Saloncito  
tillo de G  
derecha. A  
pequeña,  
fuego. En  
recha que  
mino

Matilde,  
calle,

MATIL.

EDITH



rran a usted en una celda por no revelar su secreto? (*Lllaman otra vez a la ventana.*)

ROBER. (*Al marcharse.*) ¡Daré mi vida por guardarle!

ROUL. (*Solo.*) ¡Y yo la mía por conocerle!... ¡Oh, ese secreto!... ¡Es preciso que yo lo descubra, y lo descubriré!... ¡Ah, la prueba, la prueba! (*Vuelve a entrar en el cuarto amarillo, mira y busca por todas partes y recoge sutilmente algo del rincón de la mesa de noche, lanzando una exclamación.*)

LARS. (*Entrando.*) ¿Está usted aquí todavía?

ROUL. ¿Y usted?

LARS. ¿Ha encontrado usted alguna cosa?

ROUL. Sí.

LARS. ¿Alguna cosa de mucha importancia?

ROUL. Muy poco importante.

LARS. ¿Qué es?

ROUL. ¡Un cabello! (*Se lo enseña entre los dedos.*)

TELÓN

## ACTO CUARTO

Saloncito particular de Matilde Stangerson, en sus habitaciones del castillo de Glandier. Puerta al foro, que da a una galería. Ventana a la derecha. A la izquierda de la puerta del foro, en un chafán, puerta pequeña, ojival, condenada. Segundo término izquierda, chimenea con fuego. En primer término izquierda una puerta. Otra puerta a la derecha que da al cuarto de Matilde. Una *chisse-longue* en primer término derecha. Mobiliario moderno, en un castillo antiguo.

Matilde, tendida en la «chaise-longue». Edith, en traje de calle, desde un rincón de la ventana mira hacia fuera.

MATIL. (*Bruscamente, incorporándose.*) ¿Qué hay, Edith?

EDITH Estoy observando al guarda... ¿Hace mucho tiem-

- po que lo tenéis? (*Viene junto a Matilde.*) Mi marido me ha dicho que no le gusta su facha.
- MATIL. Hay que desconfiar de todo... ¡Ah, partir, partir!
- EDITH. Espera por lo menos a recuperar tus fuerzas.
- MATIL. ¡Cada minuto que aquí paso!...
- EDITH. Ahora no tiene nada que temer... No se te deja un momento sola; vives encerrada, atrincherada. Hasta se ha condenado la puerta de la torre... Y, además, él ya no se atreverá a volver.
- MATIL. ¡Cállate! ¡Estoy segura de que ha vuelto otra vez..., la otra noche!
- EDITH. ¡No!
- MATIL. Me desperté sobresaltada y sentí ruido de pasos precipitados, como si corrieran muchos hombres en la galería y luego bajarán al parque... Y buscar bajo mis ventanas, toda la noche... Por la mañana pregunté a papá, a los criados... ¡No quisieron decirme nada! Pero yo le siento en torno mío, y me pregunto de qué manera se me va a aparecer esta vez... No le temo sólo por mí; le temo también por los demás... ¿Comprendes?
- EDITH. (*Abrazándola.*) ¡Lloras, my darling!... ¡Llora sobre mi corazón!
- MATIL. (*Desasiéndose de los brazos de Edith y escuchando. A media voz.*) ¿No oyes pasos... en la galería..., por este lado? (*Va a escuchar a la puerta de la galería y vuelve junto a Edith.*) Es ese muchacho periodista... ¡Está en vela!
- EDITH. ¿Qué periodista?
- MATIL. Un amigo de Sainclair y de Roberto.
- EDITH. Mi marido me ha dicho que la policía parece predisuelta contra Dorzac.
- MATIL. Es cierto; sobre todo, un inspector que le es completamente hostil... ¡Y hasta mi mismo padre!
- EDITH. ¿Qué dice el señor Stangerson?
- MATIL. Nada. Ayer me estrechó en sus brazos y rompió a llorar. Yo le dije, para calmarle: ¡somos víctimas de un loco! No me creyó... ¡Ah, huir, huir al fin del mundo! Aquí tengo miedo de todo;



hasta de los criados más fieles... ¡Es horrible vivir así!

EDITH ¡Es absurdo!

MATIL. Te he hablado de ese inspector de policía, ¿verdad?... ¡Pues también me da miedo! Me parece que sus ojos no me son desconocidos.

EDITH ¿Qué quieres decir?

MATIL. ¡No lo sé!... ¡Me vuelvo loca! ¿Quieres dar luz?... Se va haciendo de noche y me aterra la oscuridad... (*Edith da luz.*) Mira, mira el periodista que te dije... (*A la ventana.*)

EDITH ¿Ese?... ¡Es casi un niño!

MATIL. Sí... Mirale, Edith, mírale bien... Ahora se acerca y se le distingue mejor. (*Conmovida.*) ¿Qué edad le supones?

EDITH Unos diecisiete años.

MATIL. O dieciocho... (*Pequeña pausa. En voz muy baja.*) La edad de mi hijo, Edith. (*Se retira de la ventana.*)

EDITH (*Deteniéndola.*) Me has prohibido hablarte de tu hijo... ¿Por qué me hablas tú ahora?

MATIL. ¡Porque ése se le parece!

EDITH (*Volviendo a la ventana.*) ¡No!

MATIL. (*Dejándose caer en una silla.*) ¡Atrozmente!

EDITH (*Después de mirar.*) ¿Es posible? (*Vuelve junto a Matilde.*) ¿Y qué quieres decir con eso?

MATIL. (*Que parece de mármol.*) Nada. Se le parece. Nada más.

EDITH (*Mirándola fijamente.*) ¿No pensarás...?

MATIL. Le vi por primera vez desde esta ventana... Me había hablado de él Roberto, en tales términos, que estaba deseando conocerle. Cuando le vi, lancé un grito, no sé si de alegría o de dolor.

EDITH ¿Cómo has podido creer...? Una casualidad semejante...

MATIL. ¡Una casualidad!... ¡Puede que él me esté buscando hace muchos años! (*Sombria.*) ¡Hijo mío!... Pero he sido víctima de una vaga semejanza... Este es un muchacho del Mediodía que Sinclair recogió en el puerto de Marsella.

EDITH ¿Has hablado con él?

- MATIL. (*Enérgica.*) ¡No! ¡No! (*Pausa.*) Estoy segura de que no es él.
- EDITH (*Grave.*) Oye, Matilde... Nunca me has dicho por qué se escapó aquel niño del colegio de Eu, adonde le había llevado su tía.
- MATIL. (*Como si recordara un sueño.*) ¡Qué horrible martirio! Yo iba a verle tomando mil precauciones, y procuraba llegar a la caída de la tarde, cuando aun no habían encendido las luces... Sentada en un rincón del locutorio, al verle aparecer le tendía silenciosamente los brazos, en los que él se arrojaba con hambre de cariño... Y después de llorar los dos un rato sin decirnos por qué, yo le entregaba un paquetito de golosinas que le gustaban mucho, y él escogía las mejores para dárme-las... El pobrecito me preguntaba si yo era su mamá; y yo le respondía que no, que su madre había muerto y yo era una amiga suya... ¡Oh, qué horrible martirio!... No poder decir a nadie, ni siquiera a él, ni casi a mí misma que era mi hijo. (*Llora.*)
- EDITH Pero ¿por qué se escapó del colegio?
- MATIL. ¿Quieres saberlo?
- EDITH Di.
- MATIL. ¡Porque había robado!
- EDITH ¡Robado! (*Llaman a la puerta del foro.*)
- MATIL. (*Sin moverse.*) ¡Cállate!... ¡Llaman! ¿Quién es?
- ARTUR. (*Desde dentro.*) Soy yo.
- EDITH La voz de mi marido.
- MATIL. Abrele.
- ARTUR. (*Desde dentro.*) Con el señor Sinclair.
- MATIL. (*Inquieta.*) ¿Con Sainclair? Yo creí que estaba con Roberto... (*Edith ha abierto la puerta, que estaba cerrada con cerrojo.*)

*Dichos, Arturo Rance y Sinclair.*

- MATIL. ¿No estaba Roberto con usted, señor Sainclair?
- SAINC. No, señorita... He venido a buscarle precisamente.
- MATIL. ¡Debe estar en casa de usted! No me explico... Cierra la puerta, Edith.

EDITH  
MATIL  
SAINC

*Dichos,*

MATIL

DOC.  
MATIL.  
SAINC.  
DOC.

MATIL.

LARS.  
MATIL.  
LARS.

MATIL.  
DOC.  
LARS.

SAINC.

LARS.

MATIL.  
DOC.  
LARS.  
MATIL.  
LARS.



EDITH Es que viene tu padre.

MATIL. (*A Sainclair.*) ¿Pero usted no le ha visto?

SAINC. No; y necesito hablar con él... Creí encontrarle aquí.

Dichos, Stangerson y Larsán. Este se queda en el umbral.

MATIL. Papá... Aquí tienes al señor Sainclair, que creía a Roberto en Glandier. (*Al ver a Larsán.*) ¿El señor Larsán desea alguna cosa?

DOC. Sí; tenemos que hablarte.

MATIL. ¡Oh, los ojos de ese hombre!...

SAINC. Yo me retiro.

DOC. Quédese usted, Sainclair... Pase usted, señor Larsán. (*Larsán entra. Edith cierra la puerta.*)

MATIL. (*Muy fría, a Larsán.*) ¿Puede decirnos el señor Larsán qué se ha hecho del señor Dorzac?

LARS. Lo siento mucho, señorita; pero no sé nada.

MATIL. Sin embargo... Usted ha dispuesto que le sigan.

LARS. ¡Por Dios!... Nosotros seguimos al señor Dorzac, como a todos los que se aproximan a Glandier, por orden del señor juez de instrucción... Pero desde ayer tarde hemos perdido su pista.

MATIL. ¡Su pista!... ¡Como si se tratara de una cacería!

DOC. ¡Matilde!

LARS. ¡Tiene razón! Yo soy quien debe excusarse. He usado inadvertidamente un término del oficio.

SAINC. (*Interviniendo.*) La policía se conduce de una manera incalificable con el señor Dorzac... Molesta porque no le pudo destruir una coartada, ha hecho los imposibles por arrancar a su criado una nueva declaración que pudiera comprometerle.

LARS. Nuestros agentes son muchas veces torpes. Pero también hay que pensar que en este asunto no se trata de un malhechor cualquiera.

MATIL. ¡De un loco!

DOC. ¡No!

LARS. Yo creería más bien en un enemigo personal.

MATIL. (*Muy iurbada.*) No conozco ninguno.

LARS. La señorita Stangerson ha rechazado muchos partidos.

- DOC. De los más ventajosos... Pero no creo que se trate de eso.
- LARS. *(Bruscamente.)* ¿Y en América?
- DOC. ¿En América?
- LARS. Sí, en América. ¿No ha tenido allí ningún enemigo la señorita Stangerson?
- MATIL. *(A media voz, casi sin fuerza.)* ¡Edith!
- EDITH *(Acude a Matilde mientras habla con Larsán.)* Señor inspector... Si quiere usted conocer a alguien que pidiera en América la mano de la señorita Stangerson, aquí se lo presento. *(Señala a Rance, que desde su entrada está sentado junto al fuego y lo remueve de vez en cuando.)*
- LARS. *(Mirándole.)* ¿De verdad?
- ARTUR. *(Se levanta.)* ¡Yes!... Yo fui desahuciado.
- LARS. ¿Y se consoló usted en seguida casándose con la señora? *(Por Edith.)*
- ARTUR. ¡No!
- LARS. *(Mirándole atentamente.)* ¿Cómo que no?
- ARTUR. ¡No! No me he consolado. Pero si continúa usted mirándome a la cara de esa manera, creeré que me toma usted por el asesino y le romperé la suya.
- EDITH *All righ! My dear!*
- LARS. ¡Caramba, qué mal genio tiene usted!
- ARTUR. Pregúntele usted a la señorita Stangerson el genio que yo tengo... *Yes!* En Filadelfia le quise romper la cara a Salvador Russel, que había pedido su mano.
- LARS. *(Con asombro brutal.)* ¡Salvador Russel!
- DOC. *(Asombrado a su vez del asombro de Larsán.)* Sí... ¿Le ha conocido usted?
- LARS. A Salvador Russel le conoce la policía del mundo entero bajo el nombre de Balmayer.
- DOC. ¡Balmayer!
- SAINC. ¡El famoso Balmayer!
- LARS. Sí... Cuando se llamaba Balmayer se presentaba en inglés, y cuando se llamaba Salvador, en italiano... ¡Un genio de la transformación!... ¡Hubiese usted tenido un yerno terrible, caballero!
- DOC. ¿No murió en presidio?
- LARS. Y más vale así. Porque si hubiera podido esca-



- parse, yo les diría a ustedes: no busquen por otro lado al miserable que les persigue... Es Salvador Russel. Para él no hay puertas ni cerraduras.
- EDITH ¡Cállese usted y no nos asuste! (*Silencio. En seguida se oye el grito siniestro y prolongado del segundo acto.*)
- DOC. ¡Oigan ustedes! (*El grito se repite.*)
- LARS. Parece una señal.
- DOC. (*Se va a la ventana.*) Desde que oí ese grito aquella horrible noche...
- SAINC. (*Mirando por la ventana.*) Mire usted..., mire usted cómo corren.
- DOC. (*Abre la ventana. Dirigiéndose fuera.*) ¿Qué es lo que ocurre? (*Todos van a la ventana, menos Matilde y Edith, que quedan en primer término estrechándose las manos, conmovidas. Se oye un tumulto, gritos, llamadas, etc.*)
- SAINC. ¡Si es Rouletabile!
- LARS. (*A la ventana.*) ¡Sí!... Y corre detrás de aquella sombra fugitiva... Un hombre sin nada a la cabeza... ¿No lo ven ustedes? (*Gritando a los de fuera.*) ¡Pero cerrad la verja!... ¡Cerrad la verja! ¡Qué imbéciles! (*Sale corriendo.*)
- SAINC. (*A la ventana.*) ¡Va a ser inútil la persecución!
- DOC. (*Idem.*) ¡Bernier!... ¡Tiradle! ¡Tiradle! (*Detonación.*)
- SAINC. (*Grito de terror.*) ¡Ah! (*Sale corriendo, con Arturo Rance.*)
- DOC. (*A la ventana.*) ¡Qué desgracia!
- MATIL. (*Aterrada.*) ¿Pero qué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido?
- DOC. Me parece que han alcanzado a ese muchacho. (*Sale rápidamente.*)
- MATIL. (*Extraviada.*) ¡Dios mío!... (*A Edith, que quiere impedirla ir a la ventana.*) ¡Déjame! ¡Quiero ver!...
- EDITH (*Reteniéndola.*) ¡Vamos, Matilde!... ¡Que puede haber peligro!
- MATIL. (*El mismo juego.*) ¡Han disparado sobre él!... ¡Debe estar herido!

- SANT. (*Dentro; a lo lejos.*) No es nada... No es nada...  
Unos perdigones en el brazo.
- MATIL. ¡Está herido, está herido!
- SANT. (*También desde dentro.*) Nada... ¡Ya ven ustedes que no es nada!
- EDITH ¿Oyes que no es nada? (*Cierra la ventana, mientras Matilde, que parece no poderse tener, llega a la «chaise-longue» y se deja caer, sollozando.*) Pero si no es nada... No llores así. ¡Matilde! *My darling!*
- MATIL. ¡Le han podido matar! (*Solloza.*)
- EDITH ¿Quieres que le llame? ¿Quieres que le vaya a buscar?
- MATIL. ¡No, no!... ¡No quiero!
- EDITH ¿Por qué no quieres verle y hablarle? Después de lo que me has dicho, no lo comprendo... ¡Si fuera él!
- MATIL. ¡Cállate, cállate!
- EDITH ¿Por qué? ¿Porque te dijeron que robó? ¿Y si no es verdad?
- MATIL. ¿Y qué quieres que le diga? ¿Crees que podría permanecer impasible en su presencia? ¿Que él no me vería temblar de felicidad? ¿Que no lo adivinaría todo, al ver correr mis lágrimas?... Y si me preguntara por su padre, ¿le iba a enviar a la policía para que le contestase? Y si le mintiera, ¿tardaría mucho en averiguar la verdad?... El hijo de Balmayer debe ignorar siempre el nombre de su padre... Yo no quiero destrozar su corazón, destruir el entusiasmo de su juventud, amargarle esa vida dichosa, que él se ha ido formando con su propio esfuerzo... ¡No quiero, no quiero!
- EDITH Entonces, ¿qué vas a hacer?
- MATIL. ¿Y qué quieres que haga si no puedo estrecharle entre mis brazos?

*Dichos, Stangerson, Sainclair, Rouletabille, muy pálido, con la manga arremangada sobre el brazo, vendado con un pañuelo que sostiene Sainclair.*

DOC. (*Empujando la puerta del foro.*) ¡Pase usted!



*(Rouletabille se detiene en el umbral mirando a Matilde.)*

SANIC. ¡No es nada, señorita! Afortunadamente, ha sido más el susto!

EDITH *(Dirigiéndose a Rouletabille.)* ¿Está herido en el brazo?

DOC. *(A Rouletabille, que no se decide a entrar.)* ¡Pero pase usted!

SAINC. ¡Teme molestarla, señorita!

MATIL. *(Que se ha levantado y permanece de pie, apoyándose en la «chaisse-longue», se esfuerza en dominar su emoción.)* ¡No, no! *(Va a dirigirse hacia Rouletabille, pero en seguida se detiene.)* ¡Entre usted;

SAINC. ¡Ha sido una torpeza de ese Bernier!

MATIL. *(No mira más que a Rouletabille.)* ¡Debe encontrarse mal! ¡Edith!... Pronto... En mi cuarto... Sobre la cómoda... *(Edith corre al cuarto.)* Descanse usted aquí... *(A Rouletabille, mostrándole la «chaisse-longue».)*

ROUL. *(Agotado de emoción, fija sus ojos abiertos de ansiedad y amor en Matilde y se deja caer en la «chaisse-longue».)* ¡Gracias!

DOC. *(Se sienta al lado de Rouletabille, cogiéndole el brazo con precaución.)* ¡Vamos a ver que es esto! *(Vuelve Edith trayendo una bolsa de curación, que coloca sobre un velador o donde convenga.)*

MATIL. *(Coge una botellita de manos de Edith y echa unas gotas en un vaso.)* Dame, Edith.

EDITH *(Mirando el brazo.)* Sigue sangrando.

MATIL. ¿Sufre usted mucho? *(Rouletabille responde negativamente con la cabeza, como si no pudiera hablar.)*

SAINC. ¡Pero responde, cobardón!

DOC. ¡Una desolladura!... ¡No tiene la menor importancia! *(A Matilde.)* Tú, Matilde, deberías acostarte... Estoy seguro de que ahora mismo tienes más fiebre que este joven.

EDITH *(Acercando el vaso a Rouletabille.)* Beba usted, amiguito... ¡Esto reconforta!

ROUL. ¡Gracias, señora! *(Bebe.)*

SAINC. Parece que vamos mejor, ¿eh?

ROUL. *(Con los ojos fijos en Matilde, que se acerca con los útiles de curación.)* ¡Oh, sí!

*Dichos. El tío Santiago.*

SANT. *(Ha llamado a la puerta con fuerza, y la abre sin esperar a que le respondan. Trae una linterna encendida.)* Mi amo..., el señor Larsán dice que vaya usted con el señor Sinclair.

DOC. ¿Dónde está él?

SANT. Por la torre... Parece que hay novedades.

DOC. Vaya usted a ver lo que es, amigo Sinclair.

SANT. Quiere que vayan ustedes los dos... Y dice que le corre mucha prisa.

DOC. Vamos, pues, Sinclair. *(A Edith, por el herido.)* Un buen vendaje... Y no movere de aquí... *(A Rouletabille.)* Volvemos en seguida... *(Mutis con Sinclair y el tío Santiago. Este cierra la puerta. Durante esta escena, Matilde no ha cesado de mirar a Rouletabille.)*

*Matilde, Edith, Rouletabille.*

MATIL. *(Sentándose junto a Rouletabille y cogiéndole el brazo.)* ¿Le hago a usted daño así?

ROUL. ¡Oh, no!

MATIL. ¡Y pensar que Bernier ha podido matarle!

ROUL. Yo lo hubiese sentido mucho.

EDITH. ¡Es gracioso este chico!

MATIL. *(Lavándole la herida.)* ¿Y por qué se ha expuesto usted de esa manera?

ROUL. He prometido al señor Dorzac velar por usted.

MATIL. ¿Cuándo le ha hecho usted esa promesa?

ROUL. El primer día que le hablé. Al principio él no quería aceptarla, pero luego sí; tanto, que ayer mismo me dijo: «Mañana no voy a Glandier... Cui-de usted de Matilde.»

MATIL. También Roberto me ha hablado de usted algunas veces... Me ha dicho que se llamaba usted...

ROUL. José Rouletabille... Un apellido muy gracioso, ¿verdad?... Cuando yo era pequeño me llamaba de otra manera, pero ya lo he olvidado. *(Silencio.)*



EDITH *(Acaba de ponerle el vendaje y le coloca un imperdible. La cura deben hacerla entre las dos con la mayor naturalidad.) ¡Esto se acabó! (Le baja la manga, dejándole arreglado del todo.)*

ROUL. ¿Ya?

EDIT *(Arreglando la bolsa de curación.)* Ahora descansen usted un poquito.

ROUL. *(Muy turbado.)* Yo... no sé si...

EDITH ¿El qué no sabe usted? Descansen usted un poco... ¿Está usted mal aquí? *(Rouletabille mira a Matilde, que se ha levantado y va a la chimenea, como si quisiera desviarse de él.)*

ROUL. ¡Oh, no!

EDITH ¡Pues quédese! *(Mutis por el cuarto de Matilde, cuya puerta empuja detrás de sí sin cerrarla. Se lleva la bolsa de curación.)*

*Matilde, Rouletabille.*

MATIL. *(Apoyada en la chimenea, mirándole.)* ¡Es él!  
¡Es él!

ROUL. *(Sigue sentado en la «chaise-longue». Sin mirarla.)* No se alarme usted por lo que ha paado esta noche... El hombre a quien yo seguía no es el que hay que temer.

MATIL. ¿Qué quiere usted decir?

ROUL. Yo le he perseguido para saber qué hacía. Pero si yo hubiera supuesto que era el otro, no le hubiese alcanzado de ningún modo.

MATIL. *(Ansiosa.)* ¿Por qué?

ROUL. Porque al otro hay que dejarle escapar.

MATIL. ¡Ah!

ROUL. *(Se levanta y mira a Matilde.)* Como se escapó del cuarto amarillo...

MATIL. ¿Piensa usted que yo sé cómo?

ROUL. Si usted no lo sabe..., ¿quiere usted que yo se lo diga?

MATIL. *(Mirándole con terror.)* ¡No! *(Pausa.)*

ROUL. Perdóneme usted por haber venido y por haberme quedado en Glandier, acaso contra la voluntad de los que tienen el derecho de protegerla. Yo no tengo ese derecho, pero el deseo ha

sido superior a mí... Porque yo sabía que la amenazaba a usted un peligro, y nada en el mundo me hubiese impedido correr a su lado.

MATIL. ¿Por qué

ROUL. ¡Porque se parece usted tanto a la enlutada!

MATIL. ¿Quién es la enlutada?

ROUL. Una señora que iba a visitarme al colegio cuando yo era pequeño... Me pasaba el tiempo esperándola. Sólo vivía con la esperanza de volverla a ver... ¿Le molesta a usted que se lo cuente, señora?

MATIL. Siga usted..., siga usted.

ROUL. Llevaba un velo tan espeso, que nunca pude contemplar a mi gusto su querido semblante... Cuando se marchaba mi desesperación era tan grande, que muchas veces temieron que me volviera loco... Pero después de su visita, corría al locutorio desierto, aspiraba su perfume, respiraba otra vez aquel aire que ella respiró, y salía de allí con el corazón embalsamado. Nunca creí encontrar aquel perfume, hasta la noche del Eliseo... Allí vi pasar una dama vestida de negro, que exhalaba el mismo perfume... ¡El suyo!

MATIL. *(Que apenas puede hablar por sus lágrimas.)*

ROUL. ¿Y... quería usted mucho... a aquella señora?

ROUL. *(Avanzando hacia ella tímidamente.)* ¡Con fervor! ¿Por qué llora usted?... ¿Acaso ha conocido usted también a un muchachito como ese?

HATIL. *(Alejándose un poco, moviendo la cabeza.)* ¡No!

ROUL. *(Se detiene dolorosamente.)* ¡Ah! *(Pausa. Luego, con voz sorda, sin mirarla.)* ¡No importa!

MATIL. ¡Usted se le parece tanto!

MATIL. Usted dijo a Roberto que se había educado en el Mediodía.

ROUL. Le he mentado.

MATIL. ¿Por qué?

ROUL. Me eduqué en el colegio de Eu, donde iba a visitarme la enlutada... Y un día que fué a verme no me encontró... ¡Me había escapado!

MATIL. ¡La pobre debió sufrir mucho!

ROUL. Yo no sé lo que ella pensaría... Me escapé por-



que me acusaron de un robo. ¡Y yo no era un ladrón!

MATIL. ¡Pobre criatura!

ROUL. Es que yo tenía la fatalidad de encontrarme todo lo que los chicos escondían... Y lo último que me encontré fué dinero que uno de ellos había quitado... Faltaban unas monedas cuando di con el resto, y me acusaron amí... ¡Por eso me escapé!... Pero luego estuve pensando que acaso hice mal en escaparme; porque ella seguramente no lo hubiera creído... ¿Verdad que no?

MATIL. No... No lo hubiera creído... En cuanto le hubiese mirado a la cara, limpia de toda mancha, y a sus ojos francos y leales, sin que usted le dijera una sola palabra... Y le habría besado una vez más. No debió usted marcharse.

ROUL. ¿Verdad? ¡Estoy seguro! ¡Una madre sabe muy bien cuando su hijo la engaña!

MATIL. *(Vivamente.)* ¿Era su madre?

ROUL. ¡Sólo ella lo podría decir! *(Pausa.)* El año pasado volví de ocultis al colegio de Eu..., y vi otra vez el locutorio.

MATIL. ¿Vió usted otra vez el locutorio?

ROUL. Sí, sí... Me latía el corazón como cuando era pequeño y había corrido mucho para llegar allí en seguida... Me pareció que ella estaba en el rinconcito de siempre, tendiéndome los brazos silenciosamente. *(Rouletabille no ve a Matilde, que esboza el gesto de tenderle los brazos.)* ¡Sí, sí!... ¡Era mi madre!... ¡Era mi madre! No me lo dijo nunca, pero yo lo sabía..., porque me mandaba llamarla «mamá» y lloraba mucho cuando yo la abrazaba con fuerza.

MATIL. ¡Hijo mío!

ROUL. ¡Ella también me llamaba hijo mío! Pero ¿por qué se aparta usted?... ¿Por qué se aleja usted si usted no es ella? ¡Se le parece a usted tanto, tanto!... Dígame usted que volveré a hablarla... ¡No se marche usted! *(Matilde se dirige a su cuarto con paso vacilante. Rouletabille le tiende los brazos, mientras la puerta se cierra dulcemente.)* ¡No te vayas!...

¡ Mamá ! ¡ Mamá ! (*Cae sollozando en la chaise-longue*.)

*Rouletabille, Stangerson, Arturo Rance, por el foro. A poco, Edith por la izquierda.*

- DOC. ¿ No está usted mejor?... ¿ Le curaron el brazo ?  
 ROUL. Sí, sí... Esto no ha sido nada... ¿ Sabe usted quién era el hombre al que yo perseguía ? El guarda.  
 DOC. ¿ Mi guarda ?  
 ROUL. Sin duda le he debido desarreglar una cita amorosa.  
 DOC. ¿ De verdad ? Dígaselo usted al señor Larsán, que trata de demostrar a nuestro amigo Sinclair que el hombre era Dorzac.  
 ROUL. ¡ Eso es una locura ! Voy a impedirlo.  
 DOC. ¡ A ver si lo consigue usted ! (*Mutis Rouletabille por el foro.*)  
 DOC. Estoy decidido a partir, amigos míos. Mañana por la mañana, a primera hora, me llevo a Matilde a un sitio que nadie conozca y donde esté guardada por mí solo... Esta es la última noche que pasaré aquí.  
 EDITH Nosotros le haremos compañía... No queremos dejarle.  
 DOC. Perdonen ustedes. Necesito estar solo con Matilde. (*Deja un revólver sobre la chimenea.*)  
 EDITH ¡ Y con su revólver !  
 DOC. Sí... Parece que Larsán no está muy seguro. ¡ Oh ! Una noche se pasa en seguida, con unos libros... Con permiso de ustedes. (*Se dirige a la izquierda.*) Hace ocho días que tengo aquí todos mis chismes de trabajo. (*Mutis.*)

*Edith y Rance.*

- EDITH (*Atiza el fuego y se vuelve con las tenazas en la mano.*) ¡ Arturo !  
 ARTUR. ¿ What is it ?  
 EDITH ¿ Y Dorzac ?  
 ARTUR. (*Señala a la puerta.*) Stangerson no quiere volverlo a ver.  
 EDITH (*Se levanta y deja las tenazas.*) ¡ Pobre Matilde !

ARTUR  
 EDITH  
 ARTUR

*Dichos*  
 tan bien  
 sino el  
 ción. El  
 be sólo  
 collar d  
 quierda,  
 mite dis  
 rre desc  
 público.  
 buscar  
 menea

EDITH

ARTUR  
 LARS.

MATIL.

LARS.



*(Va a la puerta de su cuarto, la abre dulcemente, mira al interior y se desliza dentro de puntillas. Al quedarse solo Rance, mira rápidamente a su alrededor, se agacha, examina los muebles y los rincones. Edith le sorprende en esta actitud al volver del cuarto de Matilde con las mismas precauciones.)*  
¿Qué estás haciendo?

ARTUR. Estoy mirando por todas partes.

EDITH. Ya lo veo que miras por todas partes.

ARTUR. *(Mirando todavía en torno suyo.)* Para asegurarme de que no hay aquí nadie escondido.

*Dichos y Larsán. Larsán entra en escena por la izquierda tan bien disfrazado de Stangerson, que no sólo los Ronces, sino el público no debe darse cuenta todavía de la situación. El público no tiene ocasión de verle de frente. Percibe sólo de Stangerson la figura general: por los lados el collar de la barba y los lentes, que trae en la mano izquierda, gesto familiar en Stangerson. Este gesto le permite disimular la fisonomía en el corto espacio que recorre desde la puerta hasta la chimenea, casi de espaldas al público. Lleva en la mano derecha los libros que fué a buscar Stangerson, y los deja negligentemente en la chimenea, junto al revólver, que se mete en el bolsillo.*

EDITH. Entonces, buenas noches. Antes de la partida nos dirá usted adiós, ¿verdad? *(Larsán hace un gesto afirmativo.)*

ARTUR. *(Estrechándole la mano.)* ¡Good bye!

LARS. ¡Good bye! *(Mutis los Rance por el foro. Larsán abre un libro y se sienta en una butaca ante el fuego, casi de espaldas al público.)*

#### Larsán y Matilde.

MATIL. *(Saliendo del cuarto.)* ¡Papá! *(Larsán continúa leyendo. Ella avanza hasta la «chaise-longue», mira un instante a su padre sin hablar y luego dice):* Papá... Es preciso marcharnos en seguida..., en seguida...

LARS. *(Se levanta y se vuelve, apareciendo con la cara*

de Salvador y hablando con el acento italiano de Salvador.) ¡Como tú quieras!

(Esta segunda transformación de Larsán se ha de hacer en escena del modo más sencillo. El público no ha visto más que la barba y los cabellos de Stangerson; en cuanto a los Rance, sólo han podido ver, en la penumbra de la estancia, un vago Stangerson que les daba la mano y les decía dos palabras en inglés. Pero Larsán llevaba ya preparada bajo la barba y los cabellos blancos la máscara de Salvador: tez curtida, barba y cabellos negros. Al levantarse no ha tenido que hacer sino desaparecer la peluca blanca y la barba blanca para mostrar la cara de Salvador. Esta transformación debe ejecutarse con tal rapidez que dé una sensación cinematográfica.)

MATIL.

LARS.

(Retrocediendo horrorizada.) ¡Salvador!  
(Avanzando amenazador y atrozmente burlón.)  
¡Sí; Salvador!... Pero ya sabes que no hay que gritarlo bajo techado.

MATIL.

LARS.

(A media voz y medio muerta de terror.) ¡Papá! ¡Papá!

MATIL.

LARS

(Señalando la puerta izquierda.) ¡Duerme muy a gusto!... ¿Quieres despertarle?

(Domina su espanto y corre hacia la puerta izquierda.) ¡Papá!

(La detiene cogiéndola brutalmente por un puño.)  
¡Eh!... Está descansando... ¡No temas nada por su ilustre vida! (La suelta, ella retrocede bajo su mirada, e inmediatamente se dirige a la puerta del foro. Pero Larsán, prevenido, llega antes que ella, la ataja el paso, corre el cerrojo y dice):  
¡Siéntate! Tú no saldrás de aquí más que conmigo. (La hace descender bajo el influjo de su mirada.) ¿Es mañana por la mañana cuando debías huir con tu ilustre papá? ¿Eh? ¿Y yo? ¿Te habías olvidado de mí?

MATIL.

LARS.

(Delirante.) ¡No! ¡No! ¡Te esperaba, te esperaba!

(Señalando la puerta izquierda.) Vas a turbar sus sueños! (Gesto romántico.) ¡El cloroformo los proporciona muy hermosos! (La ha hecho retro-

MATIL  
LARS.

MATIL  
LARS.

MATIL

LARS.  
MATIL  
LARS.

MATIL  
LARS.



ceder hasta la «chaise-longue», donde ella se escurre, teniendo que agarrarse al respaldo para no caerse. El, tranquilamente, coge una silla y se sienta frente a ella.) ¡Razonemos! (Se quita los guantes despacio.) ¿No me preguntas ninguna noticia? (Matilde desvía insensiblemente su mirada, espantada.) ¿Qué miras así? ¿Esperas a alguien? ¿Quieres presentarme?... Tranquilízate. Tu papá, antes de dormirse, ha dispuesto que nadie venga a molestarnos... Estamos bien guardados. Mira mi mano... ¡La infame que me quiso matar!... ¡Ya sabes que yo soy tu esclavo! (Se inclina hacia ella, insinuante, y ella se echa atrás aterrada.) ¿Qué es lo que temes? (Brutal.) ¡No tienes más que hablarme de tu Roberto, y te ahogaré su nombre en la garganta! (Adelanta las manos crispadas.)

MATIL.

¡Mátame de una vez!

LARS.

(Terrible.) ¡Ya sabes que te quiero demasiado para eso! (Matilde mira hacia la chimenea.) ¿Qué buscas aún? ¿El revólver? (Se toca el bolsillo.) Lo tengo en mi bolsillo. No se mata a Salvador Russel así como así.

MATIL.

¡No! Pero yo me mataré.

LARS.

(Irónico.) He venido para hablarte de amor, y tú no me hablas más que de muerte... Cambiemos de conversación.

MATIL.

(Bajando la frente, feroz.) ¿Qué es lo que tú quieres?

LARS.

¡A ti!

MATIL.

¡Jamás!

LARS.

Tú eres mi mujer... Mi mujer legítima... La mujer debe seguir a su marido... Yo te llevaré adonde nunca hayan oído hablar de Salvador Russel, y todavía podremos ser dichosos..., ¡amor mío!

MATIL.

¡Asesino!

LARS.

(Hace un gesto terrible y luego se contiene.) ¡Eso han dicho!... ¿Pero qué no se dice? Ya sé que tengo muy mala reputación; mas sólo de ti depende que me convierta... ¿No te seduce hacer de mí un hombre honrado?

- MATIL. ¡Un hombre honrado de Balmayer!
- LARS. (*Cambiando de tono, brutal.*) ¡Balmayer ha muerto! Y seguirá muerto para todo el mundo con una condición... (*Avanza, insinuante y galante.*) ¡Que no lo esté para ti! (*Quiere cogerla las manos.*)
- MATIL. (*Rechazándole con un gesto de horrible repugnancia.*) ¡No me toques!
- LARS. (*Brutal, con las manos crispadas, enfurecido por ese gesto.*) ¡Ah!... ¡No me rechaces de ese modo, o no sé lo que haré!
- MATIL. ¡Mátame ya!... ¡Si es lo que deseo!... ¡Castígame por haberte conocido!
- LARS. Por haberme amado...
- MATIL. ¡Todo me lo merezco por eso!... ¡Pero bien sabes que no es a ti a quien yo creía amar, sino a otro que jamás ha existido, y en quien tú me hiciste creer!
- LARS. ¡Tú me querías!
- MATIL. ¡Abusaste de mi juventud, de mi credulidad!
- LARS. ¡Tú me querías!
- MATIL. ¡Me condujiste al altar con mentiras!...
- LARS. ¡Cómo me amabas!
- MATIL. Has hecho de mí una miserable que tiembla de horror al recordar el pasado, y que no desea más que una cosa: ¡morir!
- LARS. ¡Pero que iba a volver a casarse!... He llegado a tiempo, ¿eh? (*Matilde se deja caer en el diván. El se desliza cerca de ella.*) Si yo te dijera que hace dos años que he venido, sin que supieras nada... Te he visto, emocionado, pasar del brazo de tu papá, tan honorable y tan segura de mi muerte... Aquella encantadora muchachita se había convertido en la más hermosa de las mujeres... ¡Mi mujer! (*Se coloca en el diván, más cerca de ella, que se aleja desviando la cabeza.*) ¡Y han querido quitármela!... Ahora que estoy loco de amor... ¡Te quiero! ¡Eres mía! (*La coge una mano.*)
- MATIL. (*Espantada.*) ¡Déjame!
- LARS. ¡Quieta, o llamo! (*Acercándose otra vez.*) Escúchame. Yo tengo un hijo; tú le ocultas, y ya



ves que nada hago por buscarle... ¿Qué es lo que te propongo? Te pido humildemente, yo, tu marido, que me dejes quererte en la sombra, como un amante discreto... Si accedes, no cambiará tu vida; tu vida honesta y respetada... Acuérdate.

MATIL. *(Dando un grito. le arroja lejos de ella, salvaje.)*

¡No me beses!

LARS. *(Furioso.)* ¿Eh?

MATIL. *(Extraviada.)* ¿Y de la Policía no me he de acordar?... ¡De la Policía, que vino a prenderte y me trató como una mujerzuela!

LARS. *(En el colmo del furor.)* ¡Ahora no ocurrirá lo mismo, no tengas cuidado. *(Saca rápidamente un paquete del bolsillo y lo desenvuelve febril.)*

MATIL. *(Enloquecida.)* ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer?

LARS. *(Vierte rápidamente el contenido de una botellita en un trozo de algodón en rama.)* ¡Te preparo un sueño muy dulce!

MATIL. Si te he dicho que iré... Te lo juro.

LARS. ¡Mientes, mientes!

MATIL. Te digo que...

LARS. *(La coge brutalmente por la cabeza y la mete el algodón en la boca.)* Imbécil... ¿Crees que voy a dejarme prender? *(Matilde se defiende en vano, al fin es vencida y se desvanece.)* Vamos, duermes... Eres mía. *(La toma en brazos y se dirige rápido a la puerta ojival, donde se detiene registrando sus bolsillos. Luego abre la puerta y retrocede dando un grito.)* ¡Dorzac!

#### Dichos y Dorzac.

*(Larsan ha retrocedido hasta la «chaise-longue». Los dos hombres se miran un momento con la mirada. Dorzac está contenido por el miedo de tirar sobre Matilde. De pronto, Larsán abandona a Matilde, que rueda junto a un mueble; se lanza, encorvado, como un rayo, sobre Dorzac, al que derriba al suelo, sujetándole en alto la mano en que tiene el revólver. Sale el tiro. Los*

dos hombres ruedan por el suelo lanzando gritos roncacos, amenazándose jadeantes. Se oye al mismo tiempo en la galería gente que se precipita, que corre, que grita, que empuja la puerta. Todo muy rápido. Al fin la puerta cede, cayendo al interior, donde luchan aún los dos hombres. Larsán se levanta; pero durante la lucha, de espaldas al público, ha podido quitarse los postizos de Salvador, y aparece ahora con su cara afeitada de Larsán. Esta tercera transformación de Larsán ha de hacerse con un arte perfecto.)

ROBER. (Precipitándose en escena, revólver en mano.)  
Estaba seguro de que pasaría por esta puerta.

Dichos, Edith, Arturo Rance, el tío Santiago, Bernier Rataplutis, Inocencio, dos agentes de Policía, Rouletabille, que viene al frente de todos ellos.

LARS. (Levantándose el primero, con el revólver de Dorzac en la mano. Prendedme a ese pájaro de cuenta! (Tira el arma sobre un mueble.)

TODOS ¡Dorzac! ¡Roberto Dorzac!

LARS. Esta vez no se me escapará. Aquí está su revólver.

ROBER. (Apoyándose en la pared mira a Larsán con ojos de loco.) ¡Larsán!

LARS. ¡Sí, mi amigo! ¿Te sorprende, eh? (Los dos agentes se apoderan de Dorzac.)

ROUL. ¡Pero esto no es posible!

LARS. Le he sorprendido cuando se llevaba a la señorita Stangerson por esa puerta. (Señala la ojival.)

ROBER. ¡Miserable!

LARS. ¡Di que no has venido por esa puerta!

ROUL. Responda usted, señor Dorzac... ¡Si es imposible!

EDITH ¡Matilde!

LARS. El bandido la había cloroformizado... ¿No notan ustedes el olor del cloroformo? (Edith y Rouletabille descubren a Matilde desvanecida, cuyo cuerpo está oculto por los muebles.)

EDITH (Arrodillándose junto a Matilde.) ¡Matilde!



ROUL. (*Idem.*) Mam... (*Se detiene y solloza.*) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

LARS. (*Abre la puerta de la izquierda.*) ¿Y aquí? ¡El señor Stangerson!... ¡También él! (*Todos gritan. Larsán los calma.*) ¡Cloroformizado!... ¡Nada de crímenes inútiles! ¡Es la máxima de estos bandidos! (*El tío Santiago y Bernier entran en la habitación.*) Ocúpese usted de los enfermos, señora. (*A Edith.*) Yo me ocuparé del prisionero. (*A los agentes.*) En marcha, y mucho ojo... Hasta la vista, Rouletabille. (*Dorzac y los agentes salen por el foro. Edith y Rance cuidan de Matilde.*)

ROUL. Hasta la vista, señor Larsán.

LARS. He llegado a tiempo, ¿verdad? (*Va a marcharse.*)

ROUL. Perdón, señor Larsán. ¿Por dónde ha entrado usted?

LARS. Por la ventana.

ROUL. ¡Pero si está cerrada!

LARS. ¡Es que me molestan las corrientes de aire, amigo! (*Sale por el foro.*)

## TELÓN

## ACTO QUINTO

Una sala de la Audiencia de provincias, durante la vista de la causa de Dorzac. Al levantarse el telón está suspendida la vista. En escena el público, que es numerosísimo, los ujieres y los periodistas.

*Rataflutis, Inocencio* y otros periodistas, en una mesita donde toman notas. Los ujieres a las puertas. Numeroso público comenta los sucesos.

UNO. ¡No hay duda! Dorzac es el culpable.

UNA. Esa no es una razón para ponerme los pies encima.

- OTRO ¡ Vaya un tupé !  
 OTRA ¿ Qué dice usted ?  
 ANTE. No hablo de usted, sino del asesino. ¿ Cree usted que no hay más tupé que el suyo en el mundo ?  
 UJIER ¡ Silencio, señores !  
 RATAF. ( *A Inocencio.* ) ¿ Oyes ? ... Parece que siento ruido ahí fuera. ¿ Será Rouletabille ?  
 INOC. Lo que es como no venga ahora, me parece que ha perdido el viaje.  
 RATAF. ( *A los otros periodistas.* ) ¡ Eso es amor al oficio ! Hacer un viajecito por América a buscar las pruebas de que el asesino es otro y Dorzac un inocente.  
 VOCES ¡ Rouletabille ! ¡ Rouletabille !  
 RATAF. ¿ Oyes ? ¡ Ha llegado !  
 INOC. ¡ Vamos a verle ! ( *Se levantan y se van atravesando por el público.* )  
 VEND. ¿ Quién quiere *La Noche* con el retrato de Rouletabille ? ( *Algunos compran el periódico.* )  
 UJIER ¡ Silencio, señores ! ¡ El tribunal !

*Dichos, el Presidente del tribunal, Magistrados, el Fiscal, Sainclair* (abogado defensor de Dorzac), los *Jurados*, etc.  
 Luego *Dorzac y Stangerson.*

- PRESI. Sigue la vista. Traed al acusado. Que venga el testigo señor Stangerson. Repito al público que no toleraré ninguna manifestación. ( *Han entrado Dorzac y Stangerson.* ) Continúe usted su declaración, señor Stangerson.  
 DOC. Decía, señor presidente, que después de los últimos acontecimientos que obligaron a la detención del señor Dorzac ya no es posible ignorar el nombre del culpable. Y terminaré mi dolorosa declaración afirmando que si el estado de salud de mi desgraciada hija le hubiese permitido aportar su testimonio a estos debates, la señorita Stangerson se hubiera unido a mí, seguramente, para gritar: « ¡ He aquí el asesino ! » ( *Rumores contradictorios. Voces: « ¡ Es verdad ! ¡ Tiene razón ! » « ¡ Es inocente ! » Protestas.* )  
 PRESI. ¡ Orden ! ¡ Orden ! ¡ Esta es mi última adverten-



- cia! (*Silencio absoluto.*) Al primer grito, al primer murmullo, haré despejar la sala. (*Rumores fuera.*) ¿Quién grita ahí fuera?
- SAINC. Señor presidente... Me parece oír el nombre de Rouletabille. La declaración de este joven sería de la mayor importancia.
- FISCAL. Haré observar a la defensa que el último paquete de Nueva York ha llegado a El Havre esta mañana a las siete. Si el testigo de referencia hubiera venido a bordo, podría estar aquí hace algunas horas.
- PRESI. Queda terminado este incidente. (*A Stangerson.*) Puede usted sentarse. (*Volviéndose hacia Dornzac.*) Acusado, ya ha oído usted la acusación del señor Stangerson, terrible para usted. ¿Qué tiene usted que responder?
- ROBER. Con profundo dolor le he visto contra mí, dejándose también convencer por las apariencias ...
- PRESI. ¡Las apariencias! Iba usted a llevarse ya a la señorita Stangerson, y para eso se escondió usted en la torre.
- ROBER. ¡No, señor presidente! Me escondí para sorprender al asesino; porque yo logré descubrir que él había pasado ya muchas veces por aquella puerta, que creíamos condenada...
- PRESI. Tenía usted tomadas todas sus precauciones para el rapto. Un automóvil, alquilado en París, le esperaba a la salida del bosque.
- ROBER. ¡Protesto! ¡Ese auto esperaba al asesino!
- PRESI. Eso es precisamente lo que digo.
- SAINC. ¡Ya veo que el señor presidente tiene su convicción!
- PRESI. ¿Y cómo no tenerla?... Que entre otro testigo. Haced entrar al inspector Larsán.
- UJIER. El señor Larsán.

*Dichos y Larsán.*

- PRESI. Su nombre, apellido, profesión.
- LARS. Federico Larsán, inspector de Policía.
- PRESI. ¿Jura usted decir verdad en cuanto sepa y fuere preguntado?

- LARS. (*Levantando apenas la mano derecha.*) Lo juro.  
PRESI. Respecto del último atentado, ¿no se demostró convenientemente que sólo usted y el acusado habían podido penetrar en el cuarto de la señorita Stangerson?
- LARS. Se ha demostrado, señor presidente.  
PRESI. Y es imposible que un tercer personaje...  
LARS. ¡Oh..., imposible! (*Larsán y Dorzac se miran fijamente, alta la cabeza.*)
- PRESI. (*A Dorzac.*) ¿Ha oído usted? (*Silencio.*) ¿Sí o no? ¿Tiene usted algo que decir contra la declaración del señor Larsán?
- ROBER. (*Después de un corto silencio.*) ¡No!  
PRESI. (*A Larsán.*) Puede usted sentarse. (*A Dorzac.*) Confiése usted su crimen.
- SAINC. (*Se levanta irritado.*) Señor presidente, un acusado no es necesariamente un culpable.
- PRESI. Cuando se sabe todo lo ocurrido en un suceso...  
SAINC. ¡Es que aquí no se sabe nada! No se sabe siquiera cómo salió el asesino del cuarto amarillo... Esta defensa esperaba que la señorita Stangerson hubiera podido venir...
- DOC. (*Levantándose.*) Los médicos han declarado que está en un estado imposible... ¡Está perturbada, señores!
- SAINC. ¡No, no está loca! Pero está secuestrada como si lo estuviera. Esto es lo que es preciso decir, porque es la verdad.
- DOC. Hemos aislado a mi hija para que no oiga hablar de este asunto, cuyo sólo recuerdo le hace delirar y la mata.
- SAINC. Han impedido hasta que la cuide la señora de Rance, su íntima amiga, que le hubiera sido tan beneficioso.
- DOC. ¡Para que no hablaran de lo mismo!
- SAINC. ¡Precisamente! Y para que la señorita Stangerson no se enterara de lo que ignora..., ¡de que fué preso el señor Dorzac y de que está en el banquillo de los acusados bajo la amenaza de una terrible sentencia. ¡Ah, señores! Yo os juro que si ella supiera todo esto vendría aquí inmediatamente, aunque se estuviese muriendo, y evitaría que



siguiérais extraviados por el sublime silencio de este hombre.

ROBER. Prohibo a usted que complique en el asunto a la señorita Stangerson. (*Sainclair se sienta.*)

PRESI. La presidencia ha tolerado este diálogo para que no crea la defensa que tiene ningún prejuicio contra el acusado. A juzgar por las palabras del abogado defensor, sólo hay dos testigos capaces de desvanecer las pruebas de la culpabilidad de su defendido; uno, el joven Rouletabille, viaja por América, y el otro, la señorita Stangerson, no puede presentarse a causa del peligroso estado de su salud. (*Irónicamente.*) Esta es una coincidencia que yo lamento con toda sinceridad por el digno abogado defensor.

SAINC. (*A quien acaban de entregar una carta.*) No tanto como yo, señor presidente. La prueba es que no escuchando más que mi deber de abogado, que es el de salvar a un inocente, había resuelto acercarme a la señorita Stangerson... Esta mañana hice una última tentativa cerca de la señora de Rance, y ahora mismo acabo de recibir una carta suya donde me dice que ha logrado traer aquí a su amiga, y que la señorita Stangerson pide que se la escuche.

DOC. ¡Señor presidente! ¡Esto es abominable! Mi hija está desfallecida... La menor emoción puede matarla... ¡Delira, señor presidente!

SAINC. Las palabras que se le escapan durante el delirio, y que a usted le hacen creer en su locura, acaso sea la expresión de la verdad... Pido al señor presidente que use de su poder discrecional.

FISCAL. Me uno a la petición de la defensa. Si la señorita Stangerson tuvo fuerzas para venir hasta aquí, también las tendrá para declarar. Pido que se la escuche inmediatamente.

PRESI. Ujier, haga usted entrar a la señorita Stangerson

*Dichos; Matilde, Edith, que la sostiene.*

PRESI. ¿Quiere usted acercarse hasta la barra, señorita? (*Rumores.*)

- MATIL. ¡Papá!... ¡Roberto!
- EDITH. (*A Matilde.*) Valor, *my darling*. (*Matilde parece próxima a desfallecer.*)
- DOC. ¡Le va a dar algo, señor presidente!
- PRESI. En atención a su estado de debilidad, señorita, no la someteremos a un largo y penoso interrogatorio. Si tiene usted algo que decir, aparte de lo que ha declarado ante el juez de instrucción, que yo he leído a los señores jurados, el tribunal la escucha.
- MATIL. Señores..., yo no tengo más que una cosa que decir: que el señor Dorzac es inocente... ¡El, haberme querido matar, cuando daría cien veces su vida por la mía!... Ya sé que mi padre le acusa, pero yo juro a ustedes, yo te juro, papá, ¿me oyes?, te juro que no es él... ¡Oh, cuando yo he sabido que le trajeron aquí, entre los gendarmes, acusado ante el Tribunal..., a él, que es el mejor y el más noble de los hombres!... Le bastaría con decir una palabra, una sola palabra, para que todos le pidieran perdón por haber creído en su crimen.
- ROBER. ¡Matilde!... ¡Yo te prohíbo!...
- MATIL. ¡Ese hombre generoso que todo lo sabe, no ha dicho nada!... Y se dejaba condenar por mí, señores; por mí, que le pido perdón... (*Cae de rodillas. Edith, los ujieres, Stangerson quieren levantarla.* ¡No, no, dejarme así; de rodillas, de rodillas!... ¡He venido para decirlo todo! (*La levantan.*)
- ROBER. Suplico al señor presidente que haga retirar a la señorita Stangerson, porque delira.
- FISCAL. La señorita Stangerson, que toma con tanto calor la defensa del acusado, ¿no sabe que cuando el inspector Larsán entró en su cuarto la encontró en los brazos de Dorzac, que acababa de clo-roformizarla?
- MATIL. (*Dando un grito.*) ¡No era Dorzac!
- PRESI. Larsán, acérquese a la barra.
- LARS. (*Avanza y mira fijamente en los ojos de Matilde.*) ¿Era él... o yo?



MATIL. (*Con espanto le reconoce esta vez.*) ¡El!... ¡El!  
(*En voz baja.*)

LARS. (*En voz baja.*) ¡Y ahora habla si te atreves!  
(*Matilde parece que va a desvanecerse en brazos de Edith.*)

MATIL. ¡Sí!... ¡Me atrevo! ¡Me atrevo!... ¡Basta de misterio y de silencio!

ROBER. ¡Matilde!

MATIL. ¡Que digan de mí lo que quieran; pero yo hablaré!... Y pido perdón a mi padre por este silencio que me ha martirizado durante tantos años, y cuya causa he debido confesarle hace mucho tiempo. ¡Sí, papá! Por orgullo de ti, por respeto a tu nombre y tu gloria, tu hija ha sufrido un martirio que ni siquiera has sospechado... Tú, que tanto me quieres, ¿me querrás todavía, cuando te lo haya dicho todo, cuando descubra este secreto, que me ha obligado a mantener el nombre de un asesino? (*Mira a Larsán con ojos de loca.*)

ROUL. (*Desde el fondo de la sala.*) ¡El nombre del asesino lo diré yo! (*Atraviesa la sala como una bomba. Rataflutis e Inocencio vienen detrás con su maleta.*) ¡Buenas tardes, muchachos! (*A los periodistas, que le saludan con efusión desde su mesita.*)

Dichos; Rouletabille, Rataflutis, Inocencio. Rouletabille en traje de viaje y gorra, que tiene en la mano, naturalmente.

PUBLI. ¡Rouletabille! ¡Es Rouletabille!

ROUL. Perdón por llegar un poco tarde, señor presidente... Ya sabía que se me esperaba. (*Bajo a Matilde.*) ¡No tengas miedo, madre, que aquí estoy yo!

SAINC. (*Al presidente.*) ¡Es José Rouletabille, señor presidente!

PRESI. ¿Ah, sí? ¿José Rouletabille? ¡Ahora verá lo que cuesta esta bromita! (*Se ha sentado. Todos se sientan.*)

ROUL. ¡He entrado aquí como he podido, señor presidente!

PRESI. (*A los gendarmes, que se han precipitado sobre*

*Rouletabille y esperan órdenes.) ¡No, no! ¡Déjenle ustedes! (Los gendarmes vuelven a su sitio.)*

ROUL. *(Sin mirar al presidente, se ocupa de la maleta que traen Inocencio y Rataflutis.)* Un segundo, señor presidente. Es mi maleta. *(Dejándola en la mesa de las piezas de convicción.)*

PRESI. ¿Con las piezas de convicción?

ROUL. Está llena... Y ya comprenderá el señor presidente que no es de calcetines, camisas...

PRESI. Bueno, bueno. Cállese usted. *(Inocencio y Rataflutis retroceden hasta el público.)*

INOC. *(Alto.)* Ya sabes, Rouletabille, que si necesitas un testigo aquí estoy yo. ¡Yo no he mentido nunca!

PRESI. ¿Qué dice ese individuo?

ROUL. ¡Que no ha mentido nunca! ¡Se llama Inocencio! *(Risas generales.)*

PRESI. Adelántese, Rouletabille. Ha interrumpido usted la vista...

ROUL. Muy poco, señor presidente... Le pido perdón. Antes de que el Tribunal delibere sobre el caso del presente testigo, deseo hacerle una pregunta a simple título informativo.

ROUL. Puede usted hacerla, señor fiscal.

PRESI. *(A Rouletabille.)* No hable usted hasta que se le pregunte.

FISCAL. Ha dicho que su maleta está llena de piezas de convicción... Esas piezas, ¿se refieren al acusado Dorzac?

ROUL. No, señor fiscal.

FISCAL. ¿Y usted conoce al asesino?

ROUL. Sí, señor fiscal.

FISCAL. ¿Y va usted a decirnos su nombre?

ROUL. Voy a decirlo todo, incluso cómo salió el asesino del cuarto amarillo.

PRESI. ¿Sí? ¿Jura usted decir verdad en cuanto sepa y fuere preguntado?

ROUL. *(Levantando la mano.)* ¡Lo juro!

PRESI. Díganos usted, pues, cómo salió el asesino del cuarto amarillo. Usted sabe que este cuarto estaba cerrado como una caja de caudales; de modo



! ¡Dé-  
a su si-

maleta  
segundo,  
la en la

r presi-  
y Ra-  
necesitas  
mentido

Inocen-

o usted

erdón.  
el caso  
pregunta

que se

tezas de  
l acusa-

asesino

sepa y

sino del  
rto esta-  
de modo

que el asesino sólo pudo escaparse cuando abrieron la puerta... Porque lo indudable es que se escapó.

ROUL. No, señor presidente.

PRESI. ¿Cómo que no?

ROUL. Es necesario razonar siempre apoyándonos en el buen sentido, que es un bastón más sólido que el que usaba entonces el señor Larsán. (*Movimiento de Larsán.*) Se ha demostrado que en aquel cuarto, cerrado como una caja de caudales, no estaba el asesino cuando se abrió la puerta; luego, si no estaba, no se podía escapar. (*Movimiento de Larsán y Matilde.*)

PRESI. ¿Que no estaba? Pero ¿y las huellas de su paso?

ROUL. Eso es razonar sin apoyarse en el buen sentido... ¡El asesino no podía estar en el cuarto, y, sin embargo, hay que creer que estaba! Esas huellas, ¿no pueden demostrar que pasara antes?

LARS. ¡El asesino antes del asesinato!

PRESI. (*A Larsán.*) ¡A la barra! (*Va.*)

ROUL. ¡Ah, señor Larsán; otras veces le he visto a usted más inteligente!... Comprenda usted que si no se encontró al asesino con la señorita Stangerson es porque había querido estrangularla antes de que ella se encerrara en su cuarto. ¿Me ha comprendido usted?...

LARS. Sí, sí... Es cierto... Tiene usted razón... Ahora es cuando me lo explico... La señorita Stangerson, sin duda, para evitar un escándalo, ocultó a todo el mundo que la habían querido estrangular unos momentos antes. Ahora lo veo con toda claridad.

ROUL. (*Volviéndose a él bruscamente.*) ¡Como si hubiera usted estado allí!

LARS. (*Alto el cuerpo, mira a Rouletabille, que le sostiene la mirada.*) ¡Tú lo has dicho, pequeño!

PRESI. ¿De modo que entonces fué cuando la señorita Stangerson hirió al asesino en la mano, y éste dejó, al huir, la huella ensangrentada en la pared?

ROUL. Eso es, señor presidente.

- FISCAL. ¿Pero y los gritos de la señorita Stangerson en el cuarto amarillo?
- ROUL. ¡Pesadilla! Para ella continuaba el asesinato, y ya es sabido que una pesadilla produce a quien la sufre la impresión de la misma realidad.
- PRESI. ¿Y la herida de la sien?
- ROUL. ¡Accidente! (*Muestra entre los dedos algo que ha sacado de su cartera envuelto en un papel.*)
- PRESI. ¿Qué es eso?
- ROUL. ¡Un cabello! Había un cabello en este asunto, y yo lo encontré... Lo encontré porque lo había buscado... En su pesadilla, la señorita Stangerson derribó la mesa de noche, y al caer al suelo se hirió con una esquina del mármol. ¡Allí encontré adherido este cabello ensangrentado! El revólver que estaba en el cajón se disparó con el golpe, y entonces la señorita Stangerson pidió socorro.
- PRESI. Pero, en fin, cuando ella despertó de su terrible alucinación, ¿por qué no dijo la verdad?
- LARS. Eso no hay que preguntárnoslo a nosotros, sino a la señorita Stangerson. Ella ha confesado que tiene un secreto que descubrirnos...
- ROUL. ¡No lo descubrirá! Yo he venido precisamente para evitarle ese dolor. ¡Seré yo quien lo descubra!... ¡Ah, señor presidente!... Hay miserables que con mentiras y amenazas encuentran manera de deshonorar a la virtud más pura... Imaginemos que la señorita Stangerson ha podido ser víctima de uno de esos hombres, y que le teme todavía... El propio señor Larsán nos dirá que existen.
- LARS. ¡Es cierto! Y si en este asunto conoce usted alguno que no sea el acusado Dorzac, es preciso que nos lo diga.
- ROUL. Lo prometo, señor Larsán, para darle a usted ese gusto.
- LARS. Dígalo en seguida, en seguida.
- ROUL. No tan rápido... Y agradézcame usted que no lo nombre todavía.
- EDITH. Señor presidente... La señorita Stangerson se ha puesto peor...
- SAINC. Pido al señor presidente una suspensión.



- PRESI. Se suspende la vista por unos minutos. (*Se retiran el Tribunal, los jurados, etc.*)
- ROUL. (*A Stangerson, que socorre a Matilde.*) Llévase usted a su hija, señor Stangerson, y que no vuelva a aparecer por aquí. ¡Dorzac está salvado! (*A Larsán.*) Hágame usted el favor un momento, Larsán. (*Edith y Stangerson se llevan a Matilde.*)
- LARS. ¿Qué tal ese viaje, Rouletabille?
- ROUL. (*Mirando al reloj.*) ¡Vamos, vamos!... ¡Márchese usted inmediatamente! Le quedan a usted cinco minutos para montar en el auto que le he preparado y salir huyendo. Le espera en un rincón de la plaza. Todo lo he dispuesto para su fuga... Márchese y no vuelva... En mi maleta traigo todos los documentos, todas las pruebas necesarias para desenmascararle. ¡Márchese, márchese! ¿Qué espera usted?
- LARS. Que usted me denuncie. Tengo curiosidad de verlo.
- ROUL. No lo verá, porque va usted a marcharse ahora mismo.
- LARS. ¡Ah, bah!... ¿Crees que me vas a asustar, criatura? ¡Me he visto frente a otros más poderosos que tú!
- ROUL. Va usted a desaparecer, porque vengo dispuesto a todo, a todo, por salvar a Matilde..., ¡que es mi madre! ¿Ha comprendido usted?
- LARS. ¿Eh?... ¡Ahora me explico tu emoción, tus lágrimas! ¡Tú!... Entonces, yo soy...
- ROUL. ¡Cállese usted!... Y márchese en seguida... ¡Se lo suplico!
- LARS. Sí, me voy... No he de negarte lo único que acaso me pedirás en esta vida... ¡Y aun dicen que no hay Providencia!... (*Escribe unas palabras en un papel, que encierra en un sobre, y se lo da.*) ¡Toma! Tu amigo Dorzac está salvado... ¡Y ahora perdóname!... Yo te pido perdón por todo el mal que te he causado.
- ROUL. ¡Larsán!
- LARS. ¡Larsán!... ¡No te atreves a llamarme de otro modo!... ¡Es verdad!... Yo no tengo derecho a escuchar de tus labios ese nombre. Adiós. No

temáis ya nada de mí... Vela por ella... ¡Yo la amaba tanto!... ¡Adiós, Rouletabille! *(Le mira un momento. Pausa. Se va muy conmovido.)*

ROUL. ¡Adiós!

UJIER. ¡El tribunal, señores! *(Vuelve el tribunal, los jurados, etc.)*

PRESI. Continúa la vista... Que venga Rouletabille.

UJIER. *(Llamando.)* ¡Rouletabille! *(Este va a la barra.)*

PRESI. Nos ha prometido usted revelar el nombre del asesino.

ROUL. No sólo traigo su nombre, sino también su confesión, señor presidente. *(Enseña la carta.)*

PRESI. Lea usted.

ROUL. *(La abre y lee.)* «Mi querido Rouletabille: Tú me has proporcionado los medios para huir; pero yo no quiero aprovecharlos... Di a todo el mundo que Roberto Dorzac es inocente. El culpable soy yo.»

PRESI. Pero ¿quién es el culpable? *(Rouletabille va a decirlo, cuando se oye dentro un disparo. Matil. de llega corriendo.)*

MATIL. *(Con espanto.)* ¡Larsán acaba de suicidarse!

ROUL. *(Al presidente.)* Ahí tiene la contestación a su pregunta.

PRESI. ¡Larsán!... Pero ¿cómo?

MATIL. ¡Delante de mí!... *(Rumores y comentarios en el público.)*

PRESI. En presencia de este suceso inesperado, de la confesión de Larsán y su castigo, se suspende esta vista. La causa volverá al estado de sumario, y Roberto Dorzac será puesto en libertad provisional. *(El tribunal se marcha, y el público va desalojando la sala. Pequeña pausa.)*

ROUL. Yo quise salvarle; pero él...

MATIL. Se ha hecho justicia. Y tú has cumplido con tu deber. ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... *(Le abraza.)*

TELÓN